

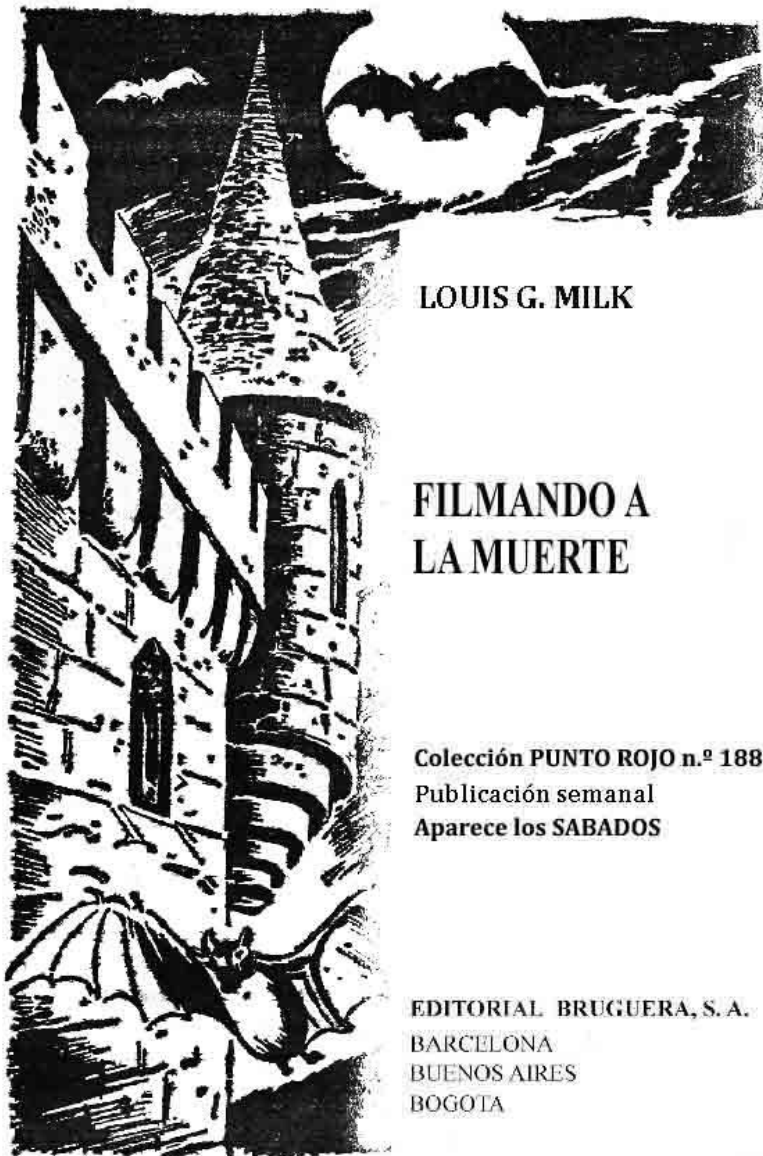
PUNTO
ROJO

filmando a la muerte

louis g.milk



FILMANDO A LA MUERTE



LOUIS G. MILK

FILMANDO A LA MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 188

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA**



Dépósito legal: B 23.749 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre 1965

© KEITH LUGER - 1965
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

778.- Los diablos fugitivos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

82.-La sepultura maldita.

En Colección PUNTO ROJO:

184.- ¡Roba o muere!

En Colección BUFALO:

601.- Fuerte desesperación.

En Colección CALIFORNIA:

451.- La última palabra.

CAPÍTULO PRIMERO

Hubo un momento en que Paul Seart llegó a maldecir el día en que se le ocurrió aceptar el encargo de la *Masterson Development Corp.* Ciertamente que si lo hubiera rechazado, habría perdido el sustancioso cheque que recibió por su labor, pero también se habría evitado una cantidad enorme de dolores de cabeza y otros contratiempos que estuvieron a punto de arruinar su salud.

Acababa de salir de las oficinas de la *Masterson* y se dirigió hacia su coche, que tenía aparcado a unos treinta metros más abajo. Entre el edificio que acababa de abandonar y su auto había un gran supermercado, por el que entraban y salían las amas de casa con sus compras.

Seart llegó a su coche y abrió la portezuela para entrar en el interior. Sentóse en el asiento derecho, con ánimo de deslizarse hacia el volante y entonces fue cuando la chica empezó a gritar.

El chillido atrajo la atención de Seart, quien sacó la cabeza por la ventanilla.

La chica era pequeña, pero de cuerpo bien formado. Y parecía tener un carácter muy enérgico, a juzgar por las patadas que sacudía a los dos individuos que trataban de sujetarla.

Uno de ellos gritó:

—¡No miren, señoras y caballeros! ¡Sigan con naturalidad! ¡Estamos filmando una escena para la televisión!

E inmediatamente soltó un alarido de dolor, cuando la chica le acarició la rodilla izquierda con la puntera de un zapatito que, por lo minúsculo, parecía el de la Cenicienta.

—¡Qué cine ni qué niño muerto! —gritó ella—. ¡Esto es un rapto!

Seart vaciló. Su natural caballerosidad le impulsó a intervenir en

la pelea. Pero..., ¿y si echaba a perder una escena tan cuidadosamente preparada? El director se le arrojaría encima, vomitando rayos y centellas...

No, era preferible mantenerse al margen del asunto.

Ella era muy bonita, rubia y pequeñita. ¡Y qué ojos!, pensó Seart. Ahora aparecían enojados —la ficción cinematográfica, claro —, pero cuando mirasen con afecto..., debían parecer el cielo.

En cuanto a los dos hombres que la atacaban, verdaderamente, parecían malos de película. Los habían escogido con todo cuidado.

Uno de ellos era bajito, muy gordo, con unos brazos y unas piernas ridículamente delgados. A Seart le recordó inmediatamente los dibujos que había visto de «marcianos» en las historietas gráficas de supuesta ciencia-ficción.

Una esfera grande, el cuerpo; otra más pequeña, la pequeña, y cuatro tentáculos surgiendo de la esfera grande. Sí, parecía un marciano de pega.

El otro tenía un aspecto diametralmente opuesto, aunque no por ello parecía menos marciano..., quizá de alguna raza distinta de Marte. Alto, delgado, con brazos que parecían palillos articulados, piernas por el estilo y pies... ¡Cielo santo, qué pies!

Semejaban patas de paquidermo.

Ella volvió a pegar otro puntapié al marciano gordito. Éste soltó un chillido.

La gente reía divertidamente.

El alto tiró de uno de los brazos de la rubia. Ella le golpeó en la cara con el bolso, haciéndole retroceder un par de pasos.

—¡Que no es broma! —gritó, a la vez que el gordito la agarraba por la cintura.

El alto se arrojó sobre la chica.

—¡Estamos filmando, recuérdelo! —bramó.

—¡Y un cuerno! —contestó la rubia explosivamente—. ¡Socorro! ¡Policía!

Lanzó su pie hacia atrás. El gordito la soltó y empezó a brincar, agarrándose la rodilla con ambas manos.

Entonces, la rubia miró hacia el auto de Seart.

—¡Ayúdeme, caballero! —pidió—. Haga como si quisiera librarme de estos tipos. El productor le pagará doscientos cincuenta dólares por...

—¡No se meta en esto o le pesará! —rugió el gordito, apuntándole con un índice.

Al hacerlo, se le soltó la chaqueta. Seart divisó bajo la prenda la culata de un revólver. Y no era de guardarropía; Seart conocía bien las armas de fuego.

«Bueno, si es ficción, me ganaré unos dólares —pensó—. Y si no lo es, ayudaré a esa pobre chica».

El gordito se dio cuenta de sus intenciones y corrió hacia el auto.

—¡No se meta en esto o le pesará! —rugió el gordo y añadió—. ¡Jig, carga con esa estúpida de una vez!

Seart abrió de golpe la portezuela.

El gordito recibió el impacto en plena barriga. Vaciló, manoteó ridículamente y acabó cayéndose, con los pies por alto.

Seart salió del coche.

—¡Aquí, aquí! —gritó la rubia.

Un mozo del supermercado se había parado a contemplar la escena, deteniendo la carretilla que llevaba cargada de latas hasta casi dos metros del suelo. Como la mayoría de los espectadores, reía hasta saltársele las lágrimas.

Seart corrió hacia el alto. Éste soltó a la rubia y se lanzó hacia él.

Paul esquivó el primer golpe. Agarró el brazo del sujeto y, plantando firmemente los pies en el suelo, giró sobre sí mismo.

El hombre alto voló por los aires, mientras describía un semicírculo completo. Cuando Seart lo soltó, fue a parar contra la carretilla.

Cientos de botes de conserva volaron por los aires, mientras el mozo del supermercado prorrumpía ahora en imprecaciones. El alto trató de levantarse, pisó un bote, resbaló y cayó de nuevo, en medio de las carcajadas de la concurrencia.

La rubia desapareció un instante de la vista de Seart, quien se había vuelto hacia el gordito.

El «marciano» se había levantado. Arremetió con la cabeza gacha contra el joven.

Seart lo dejó pasar, saltando a un lado. Luego disparó su pie derecho, aplicándolo contra el hemisferio opuesto de la esfera humana.

El gordito salió disparado contra su compañero. Ambos

volvieron a rodar entre los botes. El mozo del supermercado, frenético de ira, se enredó a golpes con ellos.

Las risas eran estruendosas. De pronto, se oyó el estridor de un silbato policial.

Un agente uniformado apareció en escena. Seart empezó a pensar que había cometido un grave error. No parecía un extra cinematográfico.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó el policía—. ¡Párense todos!

En aquel instante, el gordito, soltándose del mozo del supermercado, corrió hacia la entrada del establecimiento. El policía se lanzó en su persecución.

La rubia salía en aquel momento, llevando dos enormes tartas en las manos. Dejó que se le acercase el «marciano» y le arrojó una a la cara.

El gordito agachó la cabeza. La tarta voló hacia el rostro del policía, que quedó cegado en el acto. Incapaz de refrenar su carrera, el agente tropezó con el carrito de una señora, cargado de comestibles derribándolo, y cayó de bruces al suelo, en medio de un jolgorio inenarrable.

Seart agarró al gordito por un brazo, pero éste le tiró un puñetazo, que le alcanzó un pómulo de perfilón.

—¡Déjemelo a mí! —pidió la rubia. Y le estampó en la cara la otra tarta.

Paul apoyó el pie en la parte anterior de la esfera y presionó con todas sus fuerzas. El gordito saltó catapultado hacia atrás y chocó contra su compañero. Los dos volvieron a caer en medio de las latas.

El mozo del supermercado hervía de ira. Empezó a tirar latas contra los dos sujetos. El alto, sentado en el suelo, agarró una y se la lanzó al empleado.

Éste se agachó. La lata era de cristal, pesada, grande. Voló una fracción de segundo y alcanzó un enorme ventanal, que medía lo menos tres metros de alto por cinco de largo.

El cristal se hundió con enorme estrépito. Detrás había varios grandes estantes con productos de los que se vendían en el establecimiento. Más latas empezaron a rodar por el suelo.

La gente se ahogaba de risa. La portadora del carrito volcado por el policía, furiosa por el destrozo sufrido, agarró el vehículo y lo

lanzó con todas sus fuerzas contra el alto.

Éste se agachó. El carrito destrozó más estantes. Sentado en el suelo, el policía pugnaba por desatascar el pito, inundado de crema.

El gordito quiso levantarse. Resbaló en un bote de lata y quedó sentado. Entonces, el mozo del supermercado, tranquilamente, abrió una gran vasija de vidrio, llena de mermelada, y se la vertió por la cabeza.

En aquel momento fue cuando Paul Seart se dio cuenta de que la autora de todo aquel descomunal estropicio se había colocado en su auto y lo estaba poniendo en marcha.

—¡Eh —gritó—, párese!

Corrió hacia el vehículo, abrió la portezuela derecha y se metió dentro. En el mismo instante, la rubia arrancaba como si fuese el piloto de una astronave.

Seart perdió el equilibrio. Dio una voltereta, pasó por encima del respaldo del asiento y cayó al otro lado, hecho un ovillo.

—¡Ay! —chilló, al recibir un golpe en un codo.

El auto corría ya a cincuenta a la hora. Paul quiso levantarse, pero un brusco viraje le lanzó contra el lado opuesto.

—¡Deténgase, loca! —rugió.

Agarrándose al respaldo delantero, consiguió ponerse en pie. En aquel instante, un enorme camión se cruzó con el auto.

La rubia frenó en seco. Paul Seart fue proyectado cabeza hacia adelante y quedó con los pies en alto, perneando frenéticamente, mientras gritaba como un poseso.

El coche arrancó de nuevo, virando ceñidamente. La portezuela se abrió y Paul sacó medio cuerpo fuera.

—¡Me va a matar! —rugió, agarrándose al asiento desesperadamente.

Consiguió meterse dentro de nuevo. El auto rodaba a más de sesenta a la hora.

Al fin, Paul consiguió adoptar una postura normal.

—Señorita —dijo indignadamente—, ¿quiere explicarme...?

—Cállese y mire a ver si nos siguen —acortó ella imperativamente—. No era una broma, aunque usted crea lo contrario. Esos sujetos querían raptarme.

Paul volvió la vista y miró a través de la ventanilla posterior.

—Reduzca la velocidad o se nos echará encima un policía de

tráfico. Aquellos dos sujetos, actores o *gangsters*, están bien enredados allí.

Ella respiró aliviada. Aflojó la presión sobre el acelerador y el auto tomó una velocidad más normal.

—Menos mal —dijo con acento de alivio—. Gracias por su intervención, amigo.

—No me las de —contestó él malhumoradamente—. Me ha metido usted en un lío tremendo.

—Carol Greish —respondió la rubia. Y agregó—: Lo siento de veras, señor...

—Seart, Paul Seart —se presentó él—. ¿Adónde vamos?

—A su casa —declaró Carol resueltamente—. Esos tipos no le conocen y yo necesito pasar desapercibida unos días.

Paul pegó un bote en el asiento.

—¡Está loca! —rugió—. Si cree que...

—¿Quiere ganarse mil dólares? —ofreció ella.

—Vamos, señorita Greish. Acabo de recibir un cheque por valor de dos mil quinientos y todo lo que deseo es paz y tranquilidad. Pare el coche en esa esquina, bájese y no se hable más del asunto.

Carol tenía el bolso al lado. Sin dejar de conducir con la mano izquierda, usó la derecha para abrirlo. Sacó una pistola de pequeño calibre y apuntó con ella a Paul. —Dígame su domicilio, pronto— ordenó enérgicamente.

CAPÍTULO II

Paul Seart vivía en un apartamento independiente de su oficina de investigaciones. Forzado por la resuelta actitud de la muchacha, cuya edad había calculado era inferior a los veinticinco años, no tuvo otro remedio que guiarla hasta su casa.

«En cuanto pueda —se dijo— la desarmaré. Después...».

Media hora después de haberse conocido, entraban en el piso. Carol miró en torno suyo con expresión complacida.

—Oiga, para ser un soltero, lo tiene muy bien puesto —exclamó elogiosamente.

—¿Y cómo sabe que no soy casado?

—Porque le he visto las manos limpias de anillos —contestó ella en tono malicioso. Se volvió, para guiñarle un ojo, a la vez que hablaba, pero no terminó el gesto—. ¡Vaya! —resopló, atónita.

—¿Qué le ocurre ahora? —Gruñó Paul de mal talante.

Carol le recorrió con la mirada de arriba abajo.

—¡Qué tío! —exclamó desenfadadamente—. ¿Le hicieron de una vez o le armaron en piezas prefabricadas?

Paul soltó un irruído. Era un tipo alto, un metro ochenta y cinco por lo menos. A su lado, Carol Greish parecía una muñeca, muy bonita, eso sí.

—Soy de una sola pieza —contestó irritado—. Y ahora, si quiere explicarse de una vez, señorita Greish...

Carol se tocaba la cabeza con un pequeño bonete de color rojo, del que se libró con rápido gesto. Vestía un traje de dos piezas del mismo color, chaquetilla y vestido. Se quitó la chaqueta con toda naturalidad, aunque manteniéndose en las inmediaciones de su bolso.

El traje tenía un amplio escote, sostenido por dos delgados

tirantes. Al quitarse la chaquetilla, Paul observó que, en cuanto a proporciones anatómicas, Carol no tenía nada que envidiar a la Venus de Milo.

—Prepare algo de beber, lo estoy necesitando —pidió ella.

—Y yo también —rezongó Paul.

Arrojó una mirada de soslayo al bolso. Ella lo observó y se echó a reír.

—Tome —le desafió, entregándole la pistolita—. Écheme de su casa Paul.

—Señor Seart —contestó él—. No quiero familiaridades... y guárdese esa pistola; nunca me han gustado las armas de fuego.

—Tampoco a mí, pero ahora necesito llevar una para protegerme. Y no hablo en broma, créame, Paul. ¿Qué hay de esa copa?

—Ahora mismo, señorita Greish.

—Puede llamarme Carol, no me enfadaré por ello.

—Me importa un rábano que se enfade o no —dijo Paul por encima del hombro, mientras destapaba la botella que había en un aparador cercano.

Volvió junto a la muchacha y le entregó una copa. Carol bebió complacidamente un par de sorbos.

—Está bueno —alabó—. Déme ahora un cigarrillo.

Había un diván próximo y se sentó en él, cruzando las piernas, sin importarle mucho enseñar un par de rodillas muy bonitas. Paul encendió dos pitillos y le pasó uno a Carol.

Luego se sentó frente a ella.

—¿Y bien? —dijo con impaciencia.

Ella le lanzó una mirada inquisitiva.

—Cometí antes un error, Paul.

—El error lo he cometido yo al tratar de meterme donde no debía. ¿Por qué le perseguían aquellos dos tipos? Casi parecían marcianos, sobre todo el gordito.

Carol sonrió.

—Son Jig Marrin, el alto, y Charlie Conover, el gordito.

—Eso me deja como estaba.

—Me lo supongo. ¿A qué error se refería antes? Le ofrecí mil dólares. Lo siento.

Aumento la oferta al diez por ciento.

—El diez por ciento... ¿de qué?

—De doscientos cincuenta mil dólares.

Paul se quedó sin habla. Carol parecía hablar muy seriamente.

—¿Veinticinco mil?

—Justamente.

—¿Por qué me ofrece esa suma?

—Por sus servicios. He visto en la documentación del coche que usted es investigador privado.

—¡Alto ahí!

La frase sonó como un escopetazo. Carol le miró con extrañeza.

—¿Cómo? ¿No acepta usted todos los trabajos que se le ofrecen?

—Escúcheme bien, señorita Greish. Sí, soy investigador privado, pero la clase de trabajos que realizo es muy distinta de lo que usted se piensa. Raramente acepto encargos que no sean informes comerciales, ¿comprende? Y esto que le ha pasado a usted, ha levantado un olor nada agradable... ¡olor a delito, para que lo entienda!

Las facciones de la muchacha se contrajeron.

—¡Sólo se trata de que me proteja mientras encuentro una película! —exclamó.

—¡Usted, la película y sus asuntos me importan un rábano! —contestó él—. Lo único que quiero es que se vaya de aquí cuanto antes.

Carol pateó el suelo enojadamente.

—¡Pues pienso quedarme unos cuantos días, al menos, hasta que esos bigardos hayan perdido mi rastro! Supongo que, al menos, no le costará gran cosa tenerme como alojada en su apartamento.

—Be dicho antes que este asunto me huele a delito. No quiero ser cómplice de un negocio turbio —insistió él—. La... la tendré en casa, pero no me hable en absoluto de ese asunto, ¿está claro? Cuando crea que haya pasado el peligro, se marcha y en paz.

Carol hizo un gesto de resignación.

—Bueno, menos da una piedra —dijo filosóficamente—. Gracias por el hospedaje, Paul.

De pronto se echó a reír.

—¿Verdad que fue divertido, Paul?

El joven la miró. Recordó la escena del supermercado, digna de las mejores épocas del cine mudo cómico. Sonrió.

—Estuvo divertido, en efecto —concordó.

Por la mañana, Paul fue al baño y se duchó. Después de afeitarse, se vistió y empezó a preparar el desayuno.

Carol apareció a poco, bostezando desconsideradamente.

—¡Hum! ¡Ese café huele a gloria!

—El desayuno estará dentro de cinco minutos —contestó él, volviendo la cabeza a medias—. Café, huevos, tocino frito y... ¡Rayos!

—¿Qué le pasa, Paul? —preguntó Carol, extrañada.

—Mi pijama. ¡Me lo han destrozado! —rugió el joven coléricamente.

Carol sonrió.

—Sólo le corté las mangas y las perneras. Me perdía dentro de una prenda tan grande.

—Usted no se perdería ni en el infierno —masculló él, en tono disgustado.

Con unas tijeras, extraídas seguramente de su bolso, Carol había cortado las mangas de la chaqueta del pijama, dejándolas reducidas a veinte centímetros a partir de los hombros. Las perneras quedaban a ras de las rodillas.

Descalza, sin tacones altos, aún parecía más menuda. Pese a todo y a que estaba desgredada, Paul la encontró muy bonita.

—Si no se da prisa, se lo comerá frío —dijo hoscamente.

—Estaré lista dentro de diez minutos. ¿Tan mal ha dormido que aún no se le ha ido el mal genio? —preguntó Carol, al tiempo de dirigirse hacia el cuarto de baño.

Los diez minutos se alargaron casi al doble. Carol compareció fresca y lozana, como si no le hubiese ocurrido nada de particular.

Sentóse delante de la mesa y atacó su plato con magnífico apetito.

—Eso no me gusta —dijo Paul severamente.

—¿Por qué? —preguntó Carol, persiguiendo medio huevo frito con una tostada.

—Come usted como un caníbal hambriento.

—¿Y qué? Tengo veintitrés años. Si no como ahora, ¿cuándo lo voy a hacer?

—Ahora tiene veintitrés años, en efecto. Y dentro de veinte más, parecerá una bola de grasa.

—A usted eso no le importa. ¿Acaso piensa ser mi esposo?

—Antes que convertirme en su marido, me alistaría en la Legión Extranjera.

—¡Eso no tiene ningún mérito! Ahora los franceses no tienen guerra. ¿Cuáles son sus propósitos para esta mañana, Paul?

—Trabajar, claro. ¿O es que cree usted que me dan gratis lo que se está comiendo?

—No, claro que no. Oiga, ¿querrá hacerme un favor?

—No.

—Es usted un tipo desconocido y grosero. Le iba a pedir solamente que me hiciese algunas compras.

—Está bien. ¿Qué quiere que le traiga?

—Le haré una lista y le daré mis medidas. Ropa interior...

—¡Eso no! —rugió Paul, Ya se imaginaba en una *boutique*, soportando las conmiseras sonrisas de la dependencia femenina.

—Bueno, al menos, un par de vestidos, una bata, medias, zapatos...

Paul lanzó el tenedor sobre la mesa.

—Es usted incorregible. Compadezco al hombre que tenga la desgracia de casarse con una mujer como usted.

—Será rico, porque aportaré al matrimonio un cuarto de millón.

—Con usted no cargaría yo ni aunque tuviese una fortuna veinte veces superior.

—Cuestión de puntos de vista —respondió Carol sin inmutarse.

Poco más tarde, terminaron de desayunar. Seart quiso recoger los platos, pero ella se lo impidió, diciendo:

—Termine de arreglarse, Paul; yo me encargaré del aseo de la casa. Es lo menos que puedo hacer, teniendo en cuenta que soy su huésped. Ah, ahora le prepararé la lista de las compras que debe hacerme.

Unos minutos después, Carol le entregaba un papel y quinientos dólares en billetes.

—Gaste sin tasa. Y vuelva los ojos al pedir determinadas prendas —dijo con gran desenfado.

Paul levantó los brazos al cielo en silencio. Luego, sin añadir una palabra más, salió de la casa.

Descendió a la calle. Su auto estaba guardado en un garaje cercano. Se disponía a ir en su busca, cuando un hombre alto y

fornido le salió al paso.

—¿Paul Seart, investigador privado?

—Sí —contestó el joven, mirándole de hito en hito.

—Haga el favor de acompañarme, señor Seart —dijo el hombre alto—. Cuidado —añadió con brillante sonrisa—, hay una pistola con silenciador que apunta directamente hacia su cuerpo desde ese coche.

CAPÍTULO III

El auto que había mencionado el hombre alto estaba parado frente a la casa. Un sujeto de aspecto estólido se hallaba al volante.

La pistola estaba manejada por una mujer, joven y bella, a lo que parecía, y la sostenía de tal manera, que sólo ellos dos podían verla.

—¿Por favor? —insistió burlonamente el hombre alto.

Paul respiró fuerte. «No se trataba de ninguna película», se dijo. Y avanzó con paso relativamente firme hacia el vehículo.

El hombre alto le abrió la portezuela. Sin dejar de apuntarle con el arma, la mujer, cuyo pelo negrísimo brillaba como si fuese metal pavonado, se retiró hasta el fondo del asiento.

Paul entró en el coche, seguido del individuo. Entonces, la mujer dijo:

—Adelante, Jack.

El auto arrancó de inmediato. Paul preguntó:

—¿Puedo saber a dónde me llevan?

—No —respondió ella con amable sonrisa.

Paul metió la mano en el interior de su chaqueta. El hombre alto atenazó su muñeca.

—Cuidado —dijo, sin la sonrisa cortés de unos minutos antes.

—Sólo quería fumar —se quejó el joven.

—Yo sacaré su pitillera —sonrió el hombre alto.

Momentos después, ponía un cigarrillo encendido en los labios de Paul. El joven pensó amargamente en los trucos que usaban los detectives de película: pitilleras con una carga de gas narcótico para adormecer instantáneamente al contrincante; cigarrillos con magnesio para deslumbrarlos con el fogonazo; zapatos con cuchillas disimuladas en la puntera y los tacones, bolsillos secretos en el

traje...

El no llevaba nada de eso. Su equipo personal e indumentaria eran de lo más corriente, los de un hombre casi de negocios que, a fin de cuentas, podía decirse que era a lo que se dedicaba. Por supuesto, sabía manejar un arma, pero no la poseía ni nunca había pensado siquiera en obtener la licencia para adquirir una pistola.

El auto salió de Salton Cross en pocos minutos. Era una población extensa, poblada por unos sesenta mil habitantes, de calles anchas, que permitían una notable fluidez en el tránsito. Apenas hubieron dejado atrás las últimas casas, el hombre alto corrió las cortinillas del departamento posterior del vehículo.

Luego, la mujer abrió su bolso y entregó algo al hombre alto. Éste desplegó lo que parecía ser un trozo de tela y resultó ser un capuchón negro, que colocó sobre la cabeza de Paul, antes de que éste tuviese tiempo de apercebirse a la defensa.

—¡Eh! —protestó furioso, con la voz distorsionada al sonar debajo del capuchón—. ¿Qué diablos están haciendo conmigo?

—Asegurarnos, simplemente —contestó ella—. No queremos que usted pueda reconocer un día el camino.

Paul respiró un poco más aliviado. Cuando hacían eso, se dijo, era que esperaban soltarle más tarde. De todas formas, convenía no hacerse demasiadas ilusiones; unos tipos que usaban pistola con silenciador, aunque fuese en manos de una mujer, no podían inspirar confianza a las personas decentes.

El auto rodó a buena velocidad por espacio de treinta minutos. De súbito, Paul notó que viraba hacia la izquierda, metiéndose por un camino poco cuidado, a juzgar por los crujidos de los muelles y la reducción de la velocidad.

El camino tenía pendiente en ascenso y bastantes curvas, cosa que era fácil de notar. Poco después, volvieron a salir a la carretera.

Pasaron quince minutos más. El auto se metió por otro camino tan descuidado o más que el anterior, que también trepaba hacia lo alto. Al cuarto de hora, se detuvo. Paul oyó ruido de abrir una portezuela. Casi en el acto, tiraron de su brazo.

—Salga.

Paul obedeció la orden del hombre alto. Éste le condujo por el brazo.

—Cuidado. Hay una escalera de tres peldaños.

Por el sonido, Paul notó que los escalones eran de madera. Tal vez, se dijo, era una cabaña de recreo en la sierra.

Sonaron los tacones de la mujer. Se oyó el ruido de una llave al abrirse la puerta correspondiente.

—Adentro... cuidado, así, señor Seart —dijo el hombre alto.

—Jack —habló la mujer— cierra todas las ventanas con cuidado. Enciende después las luces.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Paul notó que le quitaban el capuchón.

Parpadeó, deslumbrado después de una hora de tener los ojos sumidos en las tinieblas. Miró en torno suyo, dándose cuenta de que se hallaba en una cabaña de recreo, mixta de piedras y troncos.

La cabaña era bastante grande, a juzgar por el salón en que se hallaban, de gran amplitud. Los muebles eran de una aparente rusticidad, pero cómodos. No debía haber conexión con la red de suministro de fluido eléctrico, ya que la iluminación era a base de antiguos quinqués de petróleo, esparcidos pródigamente por la estancia.

A derecha e izquierda del salón divisó varias puertas, que supuso debían corresponder a otras tantas habitaciones. A juzgar por la distancia y el tiempo transcurridos, Paul juzgó que debían hallarse a unos cincuenta o sesenta kilómetros de la ciudad.

Observó a la mujer. Era alta, delgada, muy esbelta, vestida con elegancia sofisticada, con ropas caras. Su pelo se hallaba recogido, muy tirante, en la nuca, por un gran moño, que le dejaba las orejas al descubierto. Los pendientes que colgaban de los lóbulos eran grandes y de valor, a lo que parecía. Paul calculó que debía tener de treinta a treinta y cinco años.

—¿Me ha mirado ya bastante? —preguntó ella, con burlona sonrisa—. Jack, sírvele una copa. Creo que tiene aspecto de necesitarla.

—No quiero beber —contestó Paul hoscamente—. Lo que quiero es que despachen pronto y me dejen largarme de aquí.

—Todo depende de usted, amigo mío —contestó la morena—. Sólo tiene que contestarme a una pregunta y le dejaremos en libertad inmediatamente. Claro que —añadió en tono trivial—, tendrá, que regresar a pie; no hay más que un coche y, naturalmente, lo necesitamos nosotros.

El chófer le entregó la copa. Paul sorbió un poco de licor.

El hombre alto estaba sentado en un sillón. La pistola con silenciador había pasado a su poder y vigilaba al joven constantemente.

—¡Está bien! —dijo Paul—. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Dónde está Carol Greish?

Paul se quedó atónito.

¿Era posible que no se les hubiese ocurrido siquiera pensar que Carol se hallaba en su propio apartamento?

—¡No sé quién es Carol Greish! —contestó, tratando de ganar tiempo.

—Vamos, vamos —dijo la morena en tono persuasivo—, no diga tonterías. Ayer por la tarde, usted salvó a Carol de un grave aprieto. Se la llevó consigo en el auto y...

—Eso no es verdad —se obstinó Paul—. Ni siquiera conozco a la tal Carol Greish. Y —añadió con voz retadora— lo menos que podía hacer usted es decirme su nombre.

—Lola Gómez. Puede llamarme Lola, con toda confianza —sonrió la morena.

—¡Usted se llama Lola Gómez tanto como yo Ho Chi Mihn! —dijo Paul burlonamente—. Pero no voy a discutir por una cuestión de nombres. No sé quién es Carol Greish.

Lola hizo un gesto, Jack abandonó el salón y volvió a los pocos minutos con unos objetos que colocó sobre la mesa.

Uno de los objetos era largo y cilíndrico. Resultó ser una pantalla de proyecciones cinematográficas. El otro era un proyector, movido por un motorcito alimentado por pilas.

Jack apagó todas las luces menos una. Manipuló en el proyector y lo puso en funcionamiento.

—Cuando vimos la película, nos reímos muchísimo —declaró Lola.

Paul sonrió mientras las imágenes se desarrollaban en la pantalla. Ahora, en la situación en que se hallaba, se daba cuenta de que todo había ocurrido espontáneamente, pero había salido mejor que si se hubiese hecho al dictado de un guión.

La película terminó cuando arrancaba el auto, guiado por Carol. La matrícula era claramente visible. Paul comprendió así cómo habían averiguado su domicilio.

—Bien, ahí acaba la película —dijo Lola, al concluirse la proyección—. El jaleo que armaron ustedes nos impidió seguirles con nuestro coche. Por eso queremos saber a dónde se fue después Carol.

Jack encendió las luces nuevamente. Paul terminó el contenido de la copa.

—La chica se apeó apenas hubimos doblado la esquina siguiente —mintió Paul—. Echó a correr, desapareció y no sé más de ella.

—Esa respuesta sería creíble si usted fuese un ciudadano cualquiera —manifestó Lola reposadamente—. Pero conocemos su profesión y tenemos la seguridad de que Carol lo contrató para... bueno, no importa ahora para qué. Deseamos saber dónde está ella, eso es todo.

—Les digo que no lo sé —insistió Paul. ¿Por qué diablos se obstinaba en la negativa? Se preguntó a sí mismo, sin poder darse una respuesta satisfactoria.

Jack avanzó de pronto hacia él, con los puños cerrados y aire truculento.

—Lola, deja que yo me encargue de este tipo. Verás que pronto abre el pico...

—¡No! —cortó la mujer imperativamente—. No quiero violencias, Jack. A fin de cuentas, el señor Seart tiene una profesión y se debe a ella. —Sonrió amablemente—. Es comprensible que trate de ser leal a su cliente, pero usted debe darse cuenta de que nos interesa muchísimo conocer el paradero de esa chica.

—Lo siento. No tengo nada más que contestar.

—Lola —dijo de repente el hombre alto.

—¿Sí, Nino? —contestó ella.

—Tal vez Seart diga la verdad.

—¿Y...?

—Es posible que Carol hubiese podido escapar. A estas horas, me juego el cuello, está refugiada en casa de Al Veramy.

—Veramy —repitió ella pensativamente—. Sí, es posible. ¿Por qué no te vas a ver si es cierto?

Nino se puso en pie y le entregó la pistola a Jack.

—Volveré dentro de tres horas como máximo —dijo—. Esperadme aquí.

Y salió.

Lola miró al joven.

—Lamento tener que retenerle aquí hasta la vuelta de Nino —
sonrió. Paul se encogió de hombros en silencio.

CAPÍTULO IV

Seart consultó su reloj.

Habían pasado ya dos horas y media. Nino no podía tardar ya mucho en volver.

Paul no las tenía todas consigo. Lola había dicho que no quería violencias, pero aquellos sujetos podían imponerse a ella. Y éste era un programa que no le agradaba en absoluto.

Miró en torno suyo. Le habían encerrado en un dormitorio, muy bien amueblado, cuyas ventanas estaban sólidamente cerradas por la parte exterior. Era imposible buscar la huida, teniendo en cuenta que no disponía siquiera de un mal cortaplumas.

Pero quería escapar de allí. ¿Cómo lograrlo?

La habitación era un espacioso dormitorio, elegantemente decorado con una hábil rusticidad. Había un armario, un tocador, un sillón, una banqueta y un biombo en el rincón, además del lecho, naturalmente. Paul se dijo que era el lugar ideal para una luna de miel.

Pero ahora no se trataba de luna de miel sino, tal vez, de todo lo contrario. Estaban, seguramente, en medio de la sierra. Si aquellos tipos le mataban y le enterraban, ¿quién sabría nada de su suerte?

Había dos quinqués para iluminar el dormitorio. Paul había pensado en prender fuego a la casa, pero no se atrevió a correr riesgos. Era mejor buscar la salida por otros medios... Una sonrisa se dibujó en sus labios de pronto. ¿Por qué no lo había pensado antes?

Claro que, a lo mejor fallaba, pero por intentarlo no iba a estar mucho peor de lo que se encontraba ahora. Sin más dilación, fue hacia la puerta y la aporreó con ambas manos.

—¿Qué quiere ahora, Seart? —Gruñó Jack.

—Tengo hambre. Si me van a matar, háganlo de un tirón, como sea, pero no por inanición.

Paul oyó un cuchicheo al otro lado de la puerta.

—Está bien —contestó Jack al fin, después de haber consultado con Lola—. Espere unos minutos.

Seart volvió a sonreír. Miró a su alrededor, buscando un arma. Al fin creyó haberla encontrado.

Agarró la banqueta que había a los pies del lecho y la sopesó especulativamente. Luego, armándose de paciencia, esperó.

Pasaron veinte minutos. Paul se dijo que ya no disponía de mucho tiempo. Nino había dicho que volvería a las tres horas y el plazo estaba a punto de cumplirse.

De repente, oyó ruido de llaves en la puerta. Tensó todos sus músculos, disponiéndose al ataque.

La puerta se abrió y Jack apareció bajo el dintel, con una bandeja en las manos. El sujeto lanzó un grito de alarma.

—¡Cuidado, Lola!

Paul se lanzó hacia adelante, usando la banqueta a modo de ariete. Alcanzó a Jack en el pecho y hombre bandeja y cacharos volaron por los aires con tremendo estrépito.

Oyó la voz de Lola a su derecha.

—¡Párese, Seart! ¡Párese o disparo!

Era imposible detener a Paul. Giró bruscamente y la banqueta alcanzó la mano de Lola, arrancándole la pistola, que voló por los aires.

Jack estaba tendido en el suelo y gemía, frotándose el pecho. Lola se le arrojó encima, intentando arañarle. Su rostro era una máscara de pura rabia.

—Lo siento —murmuró Paul—. Es desagradable tener que pegar a una mujer, pero...

Disparó el puño y lo hundió en el estómago de Lola. La mujer se sentó en el suelo, sin aliento, con los ojos llenos de lágrimas.

Tranquilamente, Paul se apoderó de la pistola.

—Bien —dijo—, la situación ha cambiado. Entre ahí adentro, Lola.

Ella obedeció en silencio. Paul cerró la puerta y luego se encaró con Jack, quien no se había recuperado del todo.

—Vuélvete boca abajo —ordenó—. Si te mueves, te frío los

sesos.

El bandido obedeció. Paul le registró rápidamente, desposeyéndole de un revólver calibre 38, que pasó inmediatamente a su poder.

—Arriba, Jack.

Torpemente, el forajido se incorporó, mirando a Paul con ojos en los que se reflejaba la ira que sentía.

—Desnúdate.

—¡Eh! —Respingó Jack.

Paul levantó el arma y apuntó directamente a los ojos.

—¿Prefieres ser un cadáver vestido o un hombre vivo en traje de Adán? —preguntó, procurando dar a sus palabras una entonación truculenta.

Los dientes de Jack crujieron de rabia. Lentamente, se despojó de todas sus ropas.

—Zapatos y calcetines también —ordenó Paul impasible.

Jack se descalzó. A continuación, Seart lo encerró en otra habitación. Salió rápidamente afuera y cerró las contraventanas.

En aquel momento, oyó el zumbido de un motor de automóvil.

—Nino ha sido puntual —soliloquió, entrando en la casa y apostándose a un lado de la puerta de entrada.

La puerta se abrió de pronto.

—¡Lola! —gritó Nino impetuosamente—. ¡Veramy está...!

La boca de una pistola se apoyó de repente en un lado de su cabeza.

—A mí no me importa cómo está Veramy —dijo Paul suavemente—, sino cómo estoy yo. Nino, las manos quietas ¿eh?

El hombre alto se quedó inmóvil en el acto. La sorpresa recibida fue tan grande que, durante unos momentos no supo qué hacer.

Paul aprovechó la coyuntura y le despojó de otro revólver. Luego repitió la misma operación que había hecho con Jack y lo encerró junto con éste.

A continuación se dirigió a la estancia donde se hallaba la morena.

—¡Apártese de la puerta, Lola! ¡Voy a disparar!

Sonó un chillido de susto. Paul sonrió.

Abrió la puerta. Lola le contempló con furia mal reprimida desde el rincón opuesto.

—Lo siento mucho, guapa —dijo el joven—. Entre detrás del biombo y si piensa que no soy capaz de disparar contra una mujer, pruebe a desobedecer mi orden.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó ella, con voz estrangulada por la ira.

—Su ropa. Toda, absolutamente toda —respondió Paul impasible. Lola inspiró profundamente.

—Escuche, podemos llegar a un acuerdo. Se trata de un asunto de un cuarto de millón...

—No. ¡Al biombo!

—Le daré la mitad —gritó ella desesperadamente.

—¡Al biombo! —rugió Paul.

Lola se resignó. Segundos después, volaba por encima del biombo su vestido.

—El día en que volvamos a encontrarnos, no seré tan considerada con usted, como lo he sido hasta ahora —prometió Lola, sollozando de rabia.

—Bueno —contestó Paul en tono indiferente.

Una a una, todas las prendas de la indumentaria de la mujer fueron cayendo a los pies del biombo. Paul se dispuso a recogerlas, pero se contuvo.

—Lola, agarre el biombo con ambas manos y retírese al otro rincón. No quiero que me lo eche encima... Ah, medias y zapatos también.

Las medias y los zapatos cayeron al suelo. Lola agarró el biombo, sorbiéndose las lágrimas, y se situó en el lado opuesto de la estancia.

Paul agarró la ropa con la mano izquierda y se retiró hacia la salida.

Los hombros desnudos de Lola asomaban por encima del biombo. Ella le miró, más serenada, pero furiosa todavía.

—Volveremos a vernos, Paul —prometió.

—Desde luego —sonrió el joven. De pronto, una sospecha surgió en su mente algo así como un tañido de alarma.

Volvió los ojos hacia el armario. Lola se dio cuenta y lanzó un grito de rabia.

Paul avanzó hacia el armario y lo abrió. Estaba lleno de trajes de hombre y de mujer.

Vació el armario y se llevó también las sábanas, haciendo un enorme montón de ropa en el salón. Lola le insultó procazmente, pero Paul no hizo caso de sus palabrotas.

Cerró la puerta y registró la casa minuciosamente, desposeyéndola de todas las ropas que pudieran servir al trío para cubrir sus cuerpos. Poco a poco, sacó todo a la explanada exterior y cuando hubo terminado, vació encima el contenido de los depósitos de dos quinqués, prendiendo fuego al petróleo acto seguido.

Era divertido, en medio de todo, pensó. Por lo menos, retrasaría la persecución de los bandidos. Sin ropas y sin vehículo, porque se iba a llevar el que tenían, tardarían mucho en poder moverse de la cabaña.

Esperó unos momentos, hasta que tuvo la seguridad de que no quedaría una sola prenda de ropa o una sábana en estado de ser utilizada. Luego montó en el auto y partió velozmente, descendiendo hacia terrenos más bajos.

A los dos kilómetros de viaje, se felicitó por haber tomado aquella precaución que se le había ocurrido de modo instintivo. La carretera principal pasaba a menos de tres kilómetros de distancia de aquel punto y era claramente visible a través de los pinos que cubrían las laderas de la Sierra.

Sesenta minutos más tarde, entraba en la ciudad. Entonces se acordó del encargo que le había hecho Carol.

—No entiendo por qué estoy haciendo esto, en lugar de irme a la policía —refunfuñó, deteniendo el coche delante de unos grandes almacenes en los que se vendía de todo.

Treinta minutos después, el coche estaba cargado de paquetes. A Paul le ardían las orejas cada vez que recordaba las maliciosas sonrisas de las dos chicas que le han servido el pedido. Algunas de las prendas adquiridas no eran, efectivamente, para ser compradas por un hombre... al menos, soltero como lo era Paul.

Consultó el reloj. Eran las tres y media de la tarde.

—Carol puede esperar un poco más, qué diablos —masculló, encaminando el coche hacia su oficina.

Disponía de una secretaria y una mecanógrafa que llevaban la parte burocrática del negocio. Además, tenía empleados a dos hombres para las investigaciones que realizaba por encargo de la clientela.

Leyó el correo, dictó algunas cartas y encargó a la secretaria el estudio de una propuesta de investigación de mercados que quería encomendarle una importante firma de *Salton Cross*. Le entregó asimismo el cheque recibido el día anterior, para que lo ingresara al día siguiente en su cuenta bancaria y, terminadas las últimas operaciones, se marchó a su casa.

Cuando llegaba, vio que un auto acababa de detenerse frente al edificio. El «Marciano» y el hombre esquelético se apearon del vehículo y penetraron en la casa.

CAPÍTULO V

Paul frenó el automóvil de Lola a renglón seguido del de los bandidos. Reflexionó unos momentos.

Iban a su casa. A él no le encontrarían, por supuesto, pero sí hallarían a Carol.

De momento, no harían daño a la muchacha. Ella había dicho que sólo querían secuestrarla para conseguir el cuarto de millón. Luego era evidente que dentro de unos minutos saldrían con Carol de casa.

No era posible, pensó, que se repitiese la escena del día anterior. Esas cosas no ocurrían a menudo y además, no había un supermercado en las inmediaciones. Esta vez, «Huesos» y el «Marciano», con la experiencia de lo sucedido la víspera, obrarían con más cuidado.

Pero era preciso impedir que se llevasen a Carol. ¿Cómo conseguirlo?

Paul se sorprendió a sí mismo al comprobar la fertilidad de su imaginación. Saltó del coche y se acercó al de la pareja de rufianes.

La llave estaba puesta. Abrió la portezuela, sentóse tras el volante e hizo arrancar al vehículo, dejándolo diez metros más adelante, junto a una boca de riego. Luego salió y regresó al coche de Lola, sentándose en la parte posterior, a fin de disminuir la visibilidad de la pareja cuando saliesen con Carol.

Pasaron diez minutos. «Huesos» y el «Marciano» aparecieron al fin.

Venían solos. Paul frunció el ceño. ¿Se había equivocado en sus cálculos y los forajidos habían dado muerte a la muchacha?

La pareja de sujetos daba la sensación de hallarse desconcertados. Se detuvieron al borde de la acera y miraron a

todas partes, asombrados de no ver su automóvil en el sitio donde lo habían dejado.

«Huesos» fue el primero en descubrirlo. Corrió hacia el auto, en el preciso momento en que un policía se acercaba para ponerles una multa, por estacionar en lugar prohibido.

Los dos rufianes se trabaron de palabras con el agente. Paul tenía la seguridad de que estaban tratando de explicarle que ellos no habían dejado allí el coche, pero esto le importaba poco en aquellos instantes.

Aprovechando las circunstancias, salió del auto y cruzó la acera rápidamente. Los rufianes conocían su auto, pero no el que había usado hasta el momento, el de Lola Gómez. Por lo tanto, una vez hubiesen abonado la multa —y lo harían, para no provocar más sospechas—, mirarían a su alrededor y, todo lo más, verían un automóvil negro y largo, en lugar del suyo, que era gris oscuro y crema.

El ascensor le llevó rápidamente hasta su piso. Entró en el apartamento.

—¡Carol! —gritó.

No recibió ninguna llamada, lo cual le hizo sentir en el pecho una extraña opresión. «Huesos» y el «Marciano» habían registrado el apartamento, cosa que se notaba en el desorden de algunas cosas, pero ello no le preocupó por el momento.

Recorrió la casa entera. No había el menor rastro de Carol.

Pronto llegó a una conclusión.

—Se ha marchado antes de que llegaran ellos —murmuró, bastante aliviado.

Se acercó a una de las ventanas que daban a la calle, mirando con cuidado. La pareja de rufianes arrancaba en aquel momento, después de haber pagado la multa.

Esperó unos momentos. Luego descendió a la calle y subió los paquetes con las compras para Carol. Acto seguido, bajó una vez más y se llevó el auto de Lola, dejándolo estacionado tres manzanas hacia el Sur.

Regresó a su casa y se puso cómodo. Conectó el tocadiscos automático y se preparó un buen vaso de *whisky* con cubitos de hielo.

Tendido en el diván, escuchó música durante largo rato. La tarde

se convirtió en noche, pero él no lo notó. Se había quedado profundamente dormido.

Despertó bruscamente, cuando alguien encendió las luces. Sentándose en el diván, se frotó los ojos.

—¡Hola, Paul! —Oyó la voz fresca y clara de la chica.

Seart la miró con asombro.

—¿De dónde sale usted? —preguntó.

—¿Y usted? —replicó ella con gran desparpajo—. Estuve esperándole hasta las cuatro de la tarde. En vista de que no venía, tuve que salir para comprar...

—Olvida que tengo asuntos propios que despachar —dijo Paul malhumorado, poniéndose en pie—. He de vivir... honradamente, ¿comprende?

Ella puso un encantador hociquito.

—No se enfade, que se pone muy feo —dijo—. Compré algo de ropa y comida. Su refrigerador no refrigera más que aire —añadió en tono sarcástico.

Llamaron a la puerta. Paul agarró uno de los revólveres de que había despojado a los bandidos.

—No tema —rió Carol—. Es el conserje, que me sube los paquetes.

Con gran desenvoltura, Carol se fue hacia la puerta y la abrió. El conserje entró, con los brazos llenos de paquetes de todas clases.

Paul se tapó los ojos.

—No podré despegarme nunca de esta mujer —gimió.

Carol entregó un billete al hombre, quien agradeció el gesto con una suntuosa reverencia. Luego se quedaron solos nuevamente.

—¿Le importa que prepare le cena? —dijo ella, cargando con un paquete de víveres.

—Aunque me importase, usted haría lo que le diera la gana. ¡Pobre de su marido!

Desde la puerta de la cocina, Carol le dirigió una larga mirada.

—El día en que me case, seré una esposa amorosa, obediente y llena de afecto y devoción hacia mi marido —suspiró románticamente—. ¡Me gustan tanto los hombres altos!

—No mire en mi dirección —gruñó él, parando el tocadiscos, que aún seguía funcionando.

Una hora más tarde, cenaban a la luz de dos velas. Carol se

mostró agradablemente locuaz, aunque sin rozar ni de lejos el tema que la había llevado a casa de Paul.

El joven la dejó hablar, contestando con algunos monosílabos de cuando en cuando. Al cabo de un buen rato, preguntó:

—Carol, ¿conoce usted a un tal Al Veramy?

La chica respingó.

—¿Dónde ha oído usted ese nombre? —quiso saber.

—Lo escuché esta mañana, a sesenta kilómetros de la ciudad, en una cabaña situada en la ladera de Blue Ridge.

Ella puso cara de pasmo.

—Pero ¿no habíamos quedado en que se fue a su trabajo?

—Sí, pero cuando salía, dos hombres y una mujer me metieron a la fuerza en un auto y me llevaron allí para interrogarme.

—¿Qué le preguntaron? —exclamó ella agudamente.

—Su paradero.

—¿Se lo dijo usted?

—No.

—¿Y le dejaron libre?

—Me escapé.

—Explíquese, por favor —rogó ella, con el ánimo tenso.

Paul hizo un completo relato de lo que le había ocurrido desde las nueve de la mañana, hasta el momento en que ella había regresado a la casa. Al terminar, Carol se quedó muy pensativa.

—¿Está seguro de que citaron a Veramy?

—Positivamente, Carol.

—Era muy amigo de mi padre... pero lo traicionó Paul.

—¿A qué se dedicaba su padre, si puede saberse?

Carol apretó los labios.

—No, no se lo diré —contestó. Y, sorprendentemente, agregó—: Usted es un hombre honrado. No quiero darle más quebraderos de cabeza que los que le he dado ya.

—Le aseguro que no la comprendo, Carol —dijo él, atónito.

—No es necesario —respondió la chica con sequedad.

De pronto se puso en pie.

—Paul, usted se ha portado muy bien conmigo —manifestó—. Siempre le estaré agradecida y... y...

Vaciló unos instantes. Su esbelto pecho se agitaba irregularmente.

—Me voy —dijo—. Enviaré a alguien a por los paquetes. Déjelos al conserje, por favor.

Paul no dijo nada. Ella entró en el dormitorio de los huéspedes, que había ocupado durante su estancia en el apartamento y salió a poco, ataviada con parte de las ropas que le había comprado Paul.

Abrió el bolso, sacó unos billetes y los dejó sobre la mesa.

—Usted es investigador privado y cobra por su trabajo. Es justo, pues, que le pague. Adiós, Paul.

El taconeo de Carol se perdió rápidamente. Seart encendió un cigarrillo y, durante unos segundos, reflexionó profundamente.

De pronto, obedeciendo a una idea repentina, se puso en pie y se acercó a la mesita donde estaba el teléfono. Buscó la guía y empezó a pasar las hojas.

—Aquí está —dijo, sonriendo—. Albert Veramy, Miller Street, 400.

Lanzó la guía sobre el diván. Tomó uno de los revólveres que había cogido al trío y salió del piso.

Momentos después, rodaba en dirección a la calle Miller. Recorrió los últimos metros lentamente, hasta dar vista al número cuatrocientos.

Frenó y se apeó del auto. En aquel momento, vio a la chica que salía corriendo del edificio.

Carol parecía ciega y no le vio.

—¡Carol! —llamó con fuerte voz.

Ella se volvió.

—Paul —gimió.

El joven se acercó a ella. Carol daba la sensación de ir a derrumbarse de un momento a otro.

—¿Qué le sucede? —preguntó, alarmado.

—Veramy —respondió Carol, ahogándose—. Está... está muerto...

Paul contuvo una exclamación de asombro.

—Ahora lo recuerdo —dijo.

—¿Qué es lo que recuerda, Paul? —preguntó ella con voz llena de angustia.

—Nino, uno de los miembros del terceto que me secuestró. Cuando regresó a la cabaña de Blue Ridge, entró y dijo: «Veramy está...». Pero ya no pudo seguir adelante, porque yo le puse la

pistola en la cabeza. Eso significa que este mediodía, Veramy estaba muerto ya.

—Arriba... —murmuró ella.

—Vamos a ver —decidió Paul de repente, tomándola por un brazo—. Procure portarse con normalidad.

Carol asintió. Entraron en la casa con apariencia tranquila y se metieron en el ascensor.

Salieron en el sexto piso. Carol le condujo hasta una puerta, cuyo pomo hizo girar con una mano enguantada.

—Espere —dijo él—. ¿Tocó usted algo dentro del piso?

—No. Sólo el pomo y, como ve, llevo guantes.

—Mejor —aprobó él.

Entraron en el apartamento. Carol encendió las luces.

Veramy yacía en el centro del salón, con los brazos y las piernas extendidos. Un negruzco orificio en el centro de su frente indicaba con toda claridad las causas de su muerte.

Se incorporó, mirando en torno suyo. Era un apartamento corriente, incluso inferior al suyo.

—¿Qué era Veramy? —preguntó—. ¿Qué hacía?

Carol se mordió los labios.

—No quiero contestarle —dijo—. Fue amigo de mi padre y le traicionó, eso es todo.

—¿Vive su padre?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Murió hace un año... en la cárcel.

—¿Por qué estaba preso?

—¡No quiero contestarle! —gritó ella, convulsa y agitada.

—Hable más bajo —rezongó Paul—. ¿Quiere que la oigan todos los vecinos?

—Lo siento —murmuró Carol, con voz contrita—. Estoy muy nerviosa y... ¡Vámonos pronto de aquí, Paul, se lo ruego!

—Un momento. Se ha cometido un crimen —dijo él—. Nuestra obligación es avisar a la policía. Voy a telefonear.

—¡Espere! Hágalo desde un teléfono público. No quiero que nos sorprendan aquí.

Paul vaciló unos instantes.

—Usted será la causa de mi ruina —rezongó—. Está bien, lo haremos en la calle.

Agarró el brazo de Carol y se la llevó hacia la salida. La puerta se abrió repentinamente.

Un hombre les amenazó con una pistola de pavoroso aspecto.

—¡Quietos! —dijo amenazadoramente—. No se muevan o les llenaré de plomo.

CAPÍTULO VI

Detrás del primer pistolero surgió otro, igualmente armado. Un tercer hombre apareció a continuación.

—¡Bray Quint! —exclamó Carol.

—El mismo —sonrió el aludido.

Era un hombre guapo, de unos treinta y cinco años, elegantemente vestido, casi con afectación, que no se notaba merced a su apostura física. Tenía una estatura ligeramente inferior a la de Paul, pero, aun así, el joven se dio cuenta de que Quint debía resultar un sujeto tremendamente atractivo para las mujeres.

En cuanto a los tipos que le acompañaban, era fácil catalogarlos: simples «gorilas», esbirros de Quint y ejecutores de sus órdenes, cualesquiera que fueran éstas.

—Estás muy guapa, nena —dijo Quint, enseñando una dentadura perfecta—. Pero estimaría, además, otras cualidades no precisamente físicas. Por ejemplo, la oratoria.

—No entiendo —dijo ella.

—Sencillamente, que suelte el pico —gruñó uno de los gorilas.

—¡Cierra el tuyo, Bug! —dijo Quint, sin volver la cabeza—. Vamos, Carol, empieza a hablar.

—¿Hablar, de qué, Bray? —preguntó ella, rehaciéndose.

La mandíbula de Quint señaló el cadáver.

—De lo que no quiso decir ese tipo —contestó.

—¿Lo mataste tú?

—Una bala —dijo Quint con indiferencia.

—Que salió de una pistola empuñada por la mano de alguien que obedecía tus órdenes.

—¿Qué más da, preciosa? No iba a dejarle con vida, después de haberle arrancado... los dientes.

—De modo que la tenía él, ¿eh?

—Sí.

—Entonces, si la tenía él, ¿por qué quieres que hable yo?

Quint hizo un gesto de impaciencia.

—Por la sencilla razón de que esa película no dice nada. Es una filfa del principio al fin.

Carol parpadeó.

—Eso es nuevo para mí, Bray.

—Si no te fías de mi palabra, haré que la proyecten para que la veas. Aquí no, desde luego. Dentro de poco, esto va a apestar a trajes azules y placas de latón.

—¿Se la va a llevar? —preguntó Paul sin poder contenerse.

Quint le dirigió una mirada de desdén.

—¿Quién es el pájaro, Carol?

—U... un amigo, que me acompañó —contestó ella.

—¿Sabía algo del asunto?

—Carol meneó la cabeza.

—Ni siquiera estaba enterado de lo de la película, Bray —contestó.

—Bueno, lo dejaremos aquí para que haga compañía al difunto.

—¡Bray! —gritó la chica—. Si haces que tus gorilas le toquen...

Quint se echó a reír.

—No temas, ese larguirucho no es sujeto de mi... predilección. Sólo quiero que no nos estorbe.

Los ojos de Carol llameaban.

—Bray, saldré contigo, pero sólo en el caso de que Paul quede con vida. De otra manera, empezaré a gritar y...

—Vamos, vamos, nena —dijo Quint en tono persuasivo—. Sólo se trata de darle un toquecito en la nuca con la culata de una pistola.

Carol agarró una silla.

—Si uno de tus hombres se mueve, la tiraré por la ventana. Verás tú lo que pasa con el ruido de los cristales rotos.

El rostro de Quint expresó furor durante unos segundos. Luego, sonrió de nuevo.

—Está bien. Vámonos. —Miró al joven—. Paul... como se llame, tiene usted suerte de que le haya protegido esta chica tan bonita.

—Algo es algo —respondió Seart filosóficamente.

Unos momentos después, quedaba solo en la estancia.

Dirigió una mirada al cadáver. De pronto, se dio cuenta de un detalle.

La puerta no había sido cerrada con llave.

Sonrió. Estaba seguro de que Quint le había tendido una trampa.

Agarró una silla y, en silencio, se situó junto a la puerta.

«Es cuestión de ver quién es el más listo», se dijo.

Esperó. Pasaron cinco minutos, luego diez más.

El pomo giró con suavidad. Paul volvió a sonreír.

Afuera había quedado un gorila, con la misión de esperarle cuando saliera y golpearle, para evitar que pudiese seguirles. Impaciente al ver que no salía, entraba a investigar.

La puerta se abrió. El pistolero dio dos pasos en el interior de la sala.

Entonces, Paul bajó la silla.

El gorila cayó sin lanzar un grito. Paul se inclinó sobre él y le desposeyó de la pistola.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, rectificó y la cerró. Luego apagó las luces.

Corrió hacia la ventana y miró hacia la calle. Un coche arrancaba en aquel instante, despegándose de la acera.

—Quint no ha tenido paciencia —calculó—. Esperará a su gorila en... bueno, donde sea.

Aguardó a que el coche se hubiera perdido de vista. Entonces, dio la luz de nuevo y contempló, pensativamente los cuerpos caídos en el suelo.

—Uno de los dos fue el que disparó contra Veramy —dijo a media voz—. Si fuiste tú, lo pasarías muy mal..., y en caso contrario, tampoco te divertirás cuando te encuentre la policía.

Se encaminó al cuarto de baño y arrancó la cadena metálica del inodoro, con la que ató a la espalda las manos del gorila. Luego, con las tiras de tela hechas con una sábana, le ató también los pies. Le tomó el pulso; los latidos eran normales.

—Adiós, amigo —sonrió burlonamente.

Salió a la calle y se metió en su coche.

—Vaya un día más agitado —se dijo, al tiempo de arrancar.

Rodó a lo largo de la calle durante tres manzanas; Divisó el rótulo luminoso de una cafetería y se apeó en sus inmediaciones.

Entró en el local y buscó la guía telefónica. El nombre de Quint no aparecía como tal apellido, sino como título de un establecimiento: *Quint's*.

—Lo recuerdo —murmuró, cerrando el libro—. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Montó en el automóvil. El *Quint's* se hallaba en el extremo opuesto de la ciudad, a quinientos metros fuera de los límites, en un descampado.

Media hora después, detenía el auto en la explanada que había para el aparcamiento de los vehículos de la clientela. Sin apearse del mismo, estudió el local.

La puerta se hallaba brillantemente iluminada. Un portero con uniforme de almirante en día de gran gala, atendía a los clientes que entraban y salían casi constantemente.

—Ése no es el mejor sitio para asaltar la fortaleza —se dijo.

El *Quint's* era un edificio cuya mitad anterior era de una sola planta. La parte posterior tenía un piso.

Paul abandonó el coche y dio un prudente rodeo, acercándose, a la parte posterior, donde estaban los cajones vacíos y los cubos de la basura. Había una puerta, que supuso la del servicio.

Tanteó la cerradura.

—Muy seguros están de sí mismos —dijo, empujando la puerta.

Al cruzar el umbral, se halló sumido en una oscuridad absoluta. Encendió una cerilla y divisó a unos pasos de distancia los peldaños de una escalera que ascendía al piso superior.

El lugar estaba atestado de cajones de botellas y barriles de cerveza. Un pasillo angosto, cuya escasa anchura quedaba más reducida por una hilera de cajones de cerveza que llegaba hasta el techo, conducía a los servicios del local.

La cerilla se apagó. Paul meditó unos instantes.

Carol estaba allí, no cabía duda. Por lo tanto no le corría prisa alguna en liberarla. Primero debía asegurarse una retirada rápida, en caso de que consiguiera triunfar.

Trabajó en silencio durante un rato, a tientas, aunque de cuando en cuando encendía alguna cerilla para inspeccionar su labor. Al cabo de unos diez o quince minutos, dio su trabajo por terminado.

Emprendió el ascenso por la escalera. Llegó al piso superior y asomó la cabeza por el otro lado de la puerta en que concluía la

escalera.

Había un corredor con varias habitaciones y otra escalera en el lado opuesto. Este pasillo disponía de iluminación suficiente para observar las cosas con todo detalle.

Paul supuso que la escalera del fondo debía dar a la sala de fiestas, a juzgar por los sonidos que, aunque atenuados, llegaban a sus oídos. Después de unos segundos de indecisión, empezó a escuchar aplicando la oreja puerta por puerta.

De pronto, creyó oír murmullo de voces. Aguzó el oído.

Sí, Carol se hallaba al otro lado de aquella puerta, aunque no podía entender lo que decía la muchacha. No obstante, era fácil apreciar que su humor distaba mucho de ser bueno.

Paul asió el picaporte y lo hizo girar lentísimamente, hasta conseguir que la puerta se separase de la jamba cosa de un centímetro. Las voces de los ocupantes de la estancia le llegaron ahora distintamente.

—¿Y qué me preguntas a mí? —exclamó Carol en aquel instante—. ¿No querías la película? ¡Pues ahí la tienes!

—¡Pero es que se trata solamente de las vistas de un paisaje con un lago! —rugió Quint.

—Pues es la que me dejó mi padre, no sé más... ¡Cuidado con las manos, Bray; no se te ocurra tocarme o...!

—Está bien, dispénsame, nena; tengo los nervios deshechos. ¿Estás segura de que es la película?

—Tú mismo lo has visto, ¿no?

Hubo una pausa de silencio.

—Bug —dijo Quint de pronto—, ¿dónde está Carrie?

—Se quedó allí, con el detective —contestó el gorila.

—Eso ya lo sé —dijo Quint coléricamente—. Lo que quiero saber es por qué diablos no ha venido.

—Bueno, iré a ver...

Paul se dio cuenta de que el pistolero iba a salir de la estancia y que le sorprendería allí, a menos que hiciese algo para ocultarse. Sacó su revólver y se dispuso a atacar a Bug.

Pero en aquél, momento, oyó voces por la escalera.

—Les digo que no pueden subir —protestaba un sujeto, totalmente desconocido para Paul—. El señor Quint está muy ocupado...

—¡Al diablo con las ocupaciones del señor Quint! —tronó un sujeto de poco amables intenciones, a juzgar por el airado tono de su voz—. Quítate de en medio o te quitamos nosotros, pedazo de idiota.

Paul se quedó helado, porque acababa de reconocer al dueño de la voz. ¡Era el hombre gordito, a quien él había apodado el «Marciano»!

CAPÍTULO VII

Volvió la cabeza desesperadamente. Frente a él, había una puerta. Rogando porque no estuviese cerrada, dio un salto y atravesó el pasillo. Hizo girar el pomo y la puerta se abrió.

Pasó al interior del cuarto, cerrando la puerta, aunque dejando una ranura que le permitiese ver lo suficiente para enterarse del nuevo y espectacular cambio en la situación. La primera figura humana que apareció en su campo visual fue la del «Marciano».

«Huesos» seguía a continuación, acompañando a un tercer individuo que parecía un monstruo de fuerza física, a juzgar por su apariencia. Era un sujeto algo más bajo que el propio Paul, pero con una anchura de hombros realmente impresionante. Tenía la cara casi completamente cuadrada y daba la sensación casi de carecer de ojos, tan hundidos los tenía en sus cuencas orbitarias.

En aquel momento, cuando el trío alcanzaba la puerta del cuarto donde estaba Carol, apareció Bug.

El forzado parecía un hombre sumamente pesado, pero demostró ser todo lo contrario. Con una envidiable capacidad de reflejos, disparó su puño derecho, doblando en dos literalmente al desprevenido gorila. Un segundo golpe en la nuca lo derribó por el suelo sin conocimiento.

El trío se compenetraba muy bien. Mientras el hércules se deshacía de Bug, el «Marciano» empujó la puerta e irrumpió en la estancia pistola en mano.

—¡Quietos! —ordenó—. ¡Que nadie se mueva o empiezo a tiros!

Quint levantó las manos. Carol estaba sentada y continuó en la misma postura, contemplando a los recién llegados con expresión risueña. —¡Adelante, Charlie!— invitó. —Pasa y toma una copa.

—No hemos venido a beber —intervino el forzado—, sino a...

—¡Atiza! —exclamó la chica—. Pero ¡si es «Atila» Bowson!

Paul oía todo lo que se hablaba en la estancia frontera. El apodo del forzado le pareció perfectamente justificado.

—El mismo —gruñó Bowson—. ¿Dónde está la película?

Carol se puso en pie y se la entregó.

—Tómala, aquí la tienes, «Atila».

El forzado la contempló con suspicacia.

—¿No me engañas, chica?

—¿Engañarte? ¿Con esos dos tigres que llevas al lado? —rió Carol—. Ni en sueños se me ocurriría una cosa semejante, «Atila», te lo aseguro.

—Así será mejor para todos —gruñó el hércules torvamente. Miró al dueño del local, cuyo rostro estaba ceniciento—. Bray, has salido con bien de ésta, pero si tratas de interferirte en nuestro camino, te llenaremos la panza de plomo. Y esto que te digo no es broma.

Quint calló, devorando silenciosamente la rabia que le consumía por dentro.

—Vámonos —decretó Bowson—. Bray, no intentes seguirnos. Quédate aquí diez minutos; luego, haz lo que se te antoje.

Los tres rufianes salieron de la estancia. Entonces se encontraron con Paul.

—Por aquí —indicó el joven amablemente, señalando a la puerta que conducía a la escalera posterior—. De este modo, podrán salir sin estorbos por la puerta de servicio.

—Gracias, amigo —contestó «Atila» secamente.

Seguido de sus dos compinches, cruzó la puerta. Apenas lo habían hecho, Paul tiró del picaporte y la cerró.

—¡Eh! —Oyó al otro lado—. No se ve nada.

—A este tipo le conozco yo —dijo el «Marciano».

—Es lo mismo —contestó Bowson de mal talante—. Enciende una cerilla, pronto.

De repente, se oyó un tremendo estrépito. Paul sonrió.

Su estratagema había dado completo resultado. En aquellos momentos, merced a las botellas que había colocado horizontalmente, en lugares estratégicos de los primeros peldaños, los tres forajidos estaban rodando en confuso montón hacia el piso inferior.

El estrépito aumentó cuando uno de ellos chocó con una hilera de cajones de botellas colocadas en una elevada pila y en equilibrio inestable. Se oyó un espantoso ruido de botellas rotas y varias exclamaciones de dolor.

Paul no desaprovechó la ocasión. Irrumpió en la estancia y apuntó a Quint con su revólver.

—¡Quieto! —ordenó—. Carol, véngase conmigo. Rápido, antes de que sea demasiado tarde.

—¡Paul! —exclamó ella maravillada, lanzándose hacia la puerta.

Quint emitió un rugido de rabia. Dio un paso hacia adelante, pero el joven levantó con la mano izquierda una mesa que había en el centro.

El borde de la mesa impactó al caer volcada contra el pie derecho de Quint, de cuyos labios se escapó un alarido de dolor. Quint sacó el pie y, agarrándoselo con ambas manos, empezó a dar saltos por la estancia. Despreocupándose de él, Paul agarró la mano de la chica y tiró de ella hacia la puerta.

Saltaron por encima del cuerpo de Bug y corrieron hacia la escalera. Abajo se oían los gritos y los juramentos del trío, que trataba de zafarse de los obstáculos que se oponían a su paso.

La puerta abierta dejaba entrar la luz suficiente para ver lo que ocurría abajo.

—Cuidado con la escalera —recomendó Paul.

Condujo a la chica pegados ambos a la pared. El «Marciano» se incorporaba en aquellos instantes, empapado de pies a cabeza del licor procedente de las botellas rotas. Paul lo inmovilizó, apuntándole con el arma.

—No me gustaría tener que atravesarte el pellejo —dijo secamente.

El gordito era un profesional y sabía cuándo había perdido. Levantó los brazos en el acto.

«Atila» parecía desmayado. A su lado, «Huesos», sentado en el suelo, se agarraba la cabeza con ambas manos. Su rostro expresaba dolor y aturdimiento.

—¿Quién tiene la película, Carol? —preguntó él.

—«Atila». Se la quitaré ahora mismo.

Carol se inclinó sobre el desvanecido hércules y le registró los bolsillos.

—¡Qué peste a licor! —se quejó.

Un segundo después, se incorporaba, enseñando un pequeño disco metálico de unos doce centímetros de ancho por dos de grueso. Paul reconoció la envoltura de un rollo de película de dieciséis milímetros para aficionados.

—En marcha —dijo.

Retrocedió, apuntando con el arma al «Marciano». Salieron fuera y echaron a correr hacia el automóvil.

Paul se sentó tras el volante. Carol lo hizo en el asiento contiguo. Cuando iban a arrancar, se oyó el estridor de una sirena policial.

—¡Caramba! —exclamó Carol, sinceramente asombrada—. No se puede decir que los policías de *Salton Cross* no son activos.

Paul viró para enfilar la salida a la carretera.

—Ésos no vienen por el estropicio que hemos organizado, Carol.

—¿Por qué, entonces?

—Quint dejó allí a Carrie, con el encargo de eliminarme. Fui más listo que él yo lo atonté de un silletazo. Luego le dejé bien atado de pies y manos. Seguramente, han descubierto el asesinato de Veramy y, sabiendo que Carrie trabaja para Quint, vienen a buscar a éste.

Carol emitió un largo silbido.

—Es usted un hombre peligroso, de veras, Paul. Me alegro de no ser enemiga suya.

—A juzgar por su forma de actuar, lo es. Usted bordea los límites de la Ley, cuando no los franquea abiertamente, y al ayudarla, yo me convierto en cómplice suyo.

—Eso no es ser enemigo suyo, Paul.

—Lo es, porque me estoy convirtiendo yo también en un delincuente. Y nunca lo había sido hasta ahora, Carol.

La chica se quedó silenciosa unos instantes. Dos coches policiales se cruzaron con ellos, atestados de agentes de uniforme y de paisano.

Siguieron su camino hasta la ciudad. Paul se dio cuenta de que ella parecía estar meditando sobre las palabras que acababa de pronunciar.

—Paul —preguntó Carol de pronto—, ¿qué les pasó a «Atila» y sus dos rufianes?

—Preparé unas trampas en la escalera, por si nos seguían. Botellas horizontales en los peldaños.

Los ojos de Carol chispearon de alegría.

—Resbalaron en las botellas y rodaron por los peldaños. Pero había un montón de cajones volcados y de botellas rotas.

—Coloqué una pila de cajones al pie de la escalera, en equilibrio inestable. A poco que se tocase uno de ellos, la pila se derrumbaría indefectiblemente, como así ha sucedido.

—Es usted un muchacho magnífico —murmuró Carol, conmovida—. Que Dios le pague todo lo que está haciendo por mí.

Habían alcanzado ya las primeras casas de la población. Carol dijo de pronto:

—Tendrá que venirse conmigo, Paul.

—¿Adónde?

—A mi casa. No podemos volver a la suya. Ellos acabarían por encontrarle de nuevo. —¿Y a usted no?

—No, porque es un apartamento recién alquilado. De lo contrario, no me habrían asaltado frente al supermercado.

—Pero usted insistió en quedarse en el mío —alegó Paul.

—Porque era lo más conveniente en aquellos momentos... Doble por la segunda a la derecha, haga el favor.

Paul maniobró obedientemente.

—Por lo visto, esa película se la dejó a usted su padre.

—Sí.

—¿Sólo contiene vistas de una montaña y un lago?

Carol se sorprendió.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Porque lo escuché desde el otro lado de la puerta. Dígame, ¿por qué tienen esos tipos tanto interés en el film?

Carol apretó los labios.

—Usted me considera una delincuente, así que no se lo diré —expresó secamente.

—Vamos, vamos —rogó él persuasivamente—. Su padre murió en la cárcel, ¿no es así?

Carol afirmó el silencio.

—¿Tiene algún truco especial la película? —preguntó Paul.

—Mi padre me dijo, poco antes de morir, que la proyectase. En las imágenes filmadas encontraría el secreto para obtener un cuarto

de millón de dólares.

—Por supuesto, ganados no honradamente.

—Yo no he cometido ningún delito hasta ahora —protestó ella.

—Pero está a punto de cometerlo. Y, además, conoce a una serie de tipos nada recomendables.

Carol volvió la vista a un lado.

—Supongo que se debe a las relaciones de mi padre —contestó envaradamente.

—Hasta ahora —habló Paul—, presiento que no ha hecho nada reprochable. Todavía tiene delante de sí la alternativa de una vida honrada o de una existencia criminal. Es muy joven todavía, Carol; piénselo bien antes de seguir adelante.

—¡Pero es que se trata de doscientos cincuenta mil dólares..., de mi independencia económica!

—A base de un dinero que su padre no obtuvo por medios lícitos.

—Oh, basta ya de sermones moralizadores —exclamó ella con voz crispada—. Quiero ese dinero y lo tendré. Pare, es ahí.

Paul aplicó el freno. Inclinandose hacia la portezuela, bajó el picaporte.

—Adiós, Carol.

—¡Cómo! ¿No viene conmigo?

—Ya le he dicho cuáles son mis opiniones acerca de la ley y de la honradez. Es mejor que nos separemos ahora.

Los labios de Carol temblaron un momento.

—Está bien —contestó con sequedad—. Adiós, Paul.

Saltó del coche y cruzó la acera a todo correr, como si huyera de sí misma. Paul la contempló durante unos instantes, hasta que la vio desaparecer en el interior del edificio.

Lanzó un suspiro y arrancó de nuevo.

Atrancó bien la puerta de su piso. Luego llenó un vaso y tomó dos largos tragos de licor. Sentía que lo estaba necesitando.

El sueño le liberó de sus problemas. Durmió profundamente, hasta que le despertó el teléfono que tenía al lado de la mesilla.

Acercó el aparato a su oreja.

—Paul Seart —se anunció.

—Hola —dijo una voz inconfundible al otro lado de la línea.

—Hola, Carol.

—Paul, he pensado mucho esta noche.

—¿Y bien?

—¿Puedo ir a verle? No me llame latosa, por favor; pero siento que necesito hablar con usted.

Paul dudó unos instantes. Al fin, respondió:

—Estaré listo dentro de media hora, Carol.

—Gracias —respondió ella—. Espéreme en la puerta de su casa. Yo pasaré a recogerle con mi coche. Hace un buen día..., y creo que un paseo en automóvil nos sentaría bien a los dos.

—De acuerdo, Carol.

CAPÍTULO VIII

Paul tiró al suelo el cigarrillo que estaba fumando, cuando vio que el auto se arrimaba al bordillo de la acera. Dio unos pasos y se sentó junto a Carol.

En aquel instante, se abrió la portezuela posterior y un sujeto se coló dentro del vehículo. Paul se revolvió en el asiento.

—¡Eh, amigo, que se confunde de...!

—No me confundo —sonrió Nino torvamente—. Escuchen bien los dos; tengo una pistola apuntándoles y los respaldos de los asientos de un auto no son blindados. ¿Está claro? ¡Pues adelante! ¡Vamos, pronto, no me gusta esperar!

Carol consultó al joven con la mirada. Paul asintió en silencio.

—¿Por dónde vamos? —preguntó ella.

—Siga recto, hacia el nordeste. Luego, ya le iré indicando el camino.

—Temo que acabaremos en la cabaña de Blue Ridge —aventuró Paul—. Justamente. Oiga, ¿es usted adivino? —exclamó Nino con sorna—. Viéndole a usted, cualquiera se figura lo que va a pasar.

El pistolero soltó una fuerte palabrota.

—Cuando estemos allí, me cobraré lo que nos hizo el otro día —barbotó.

Carol se echó a reír.

—¿Qué hicieron para salir de allí? ¿Cubrirse con hojas de árbol, como los náufragos?

—Menos bromas, guapa, y a atender al volante, que es su obligación.

—Está bien, está bien. ¡Caramba, qué poco amables son las gentes en los tiempos que corremos!

Paul metió la mano en el bolsillo. Nino le puso la pistola en la

espalda.

—¿Qué es lo que quiere hacer ahora?

—Fumar. ¿Se puede?

—Hágalo, pero si intenta algo, le dejo frito a balazos.

—Descuide. Siento un extraño interés por la integridad de mi pellejo, más del que usted se supone.

—Lo celebro. Así se portará bien.

Paul se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió. Quiso pasárselo a Carol, pero ella negó con la cabeza.

Salieron fuera de la ciudad. La carretera era amplia y bien cuidada, con pocas curvas.

—A sesenta por hora y no corra más, guapa —indicó Nino.

Carol no contestó. El paisaje se deslizaba rápidamente a ambos lados del vehículo.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Paul creyó oír unos golpecitos extraños que sonaban dentro del auto.

Miró a derecha e izquierda. Carol conducía con plena indiferencia, entonando a media voz una cancioncilla intrascendente.

Los golpecitos se repetían. Pasaron veinte minutos más, antes de que se diera cuenta que eran producidos por la mano derecha de la muchacha, al golpear contra el aro del volante.

Carol llevaba un anillo con una piedra. Paul se dio cuenta de que los golpes se producían según un ritmo determinado.

De pronto, lo comprendió todo. ¡Carol le estaba enviando un mensaje en morse!

Aguzó el oído. Punto, raya, raya, punto...

Pronto descifró la frase.

—Prepárese. Voy a frenar en seco —decía la muchacha—. Recuerde lo que le pasó a usted el día del supermercado.

Paul alargó el pie izquierdo y tocó el de la chica varias veces.

—Recibido y enterado. Adelante —contestó.

Y acto seguido, se reclinó hacia su derecha, fingiendo que iba a dormir.

La velocidad del coche aumento ligeramente. Nino calló, por el momento.

Paul lanzó un rápido vistazo al cuentakilómetros. Marcaba ya la cifra de ochenta.

De pronto, Nino se dio cuenta del aumento de velocidad.

—Eh, preciosa —protestó—. Le dije que no pasara de sesenta a la hora...

—¿Quiere que nos detenga un motorista de los de tráfico? —contestó Carol—. Estamos rodando por una autopista de ochenta a la hora de velocidad mínima, por si no lo sabía. No se puede ir a sesenta.

—Está bien...

El rufián no pudo completar la frase. Carol acababa de aplicar el freno a fondo.

Las gomas agarraron el asfalto. A pesar de que estaba prevenido, Paul hubo de agarrarse con todas sus fuerzas al tablero, para no salir a través del parabrisas.

Nino tuvo peor suerte. Se había erguido para protestar y volteó hacia adelante, quedando con los pies en alto, entre los dos jóvenes.

—Aproveche ahora —gritó Carol, terminando de detener el auto.

Paul pisoteó una de las manos del pistolero, que continuaba cabeza abajo. Nino lanzó un chillido de dolor.

Carol arrimó el coche a la cuneta. Seart abrió la portezuela, salió afuera y, antes de que el rufián pudiera recobrarse, le agarró por los tobillos, tirando con fuerza.

Nino se incorporó, lanzando venablos por la boca. Había perdido el revólver y creyó resolver la situación a base de puñetazos.

Paul se anticipó, asestándole un tremendo derechazo en los labios. Nino gimió y vaciló. Paul repitió el golpe, ahora dirigido al estómago.

Nino se sentó en el suelo. Seart le asestó un rodillazo en la nariz, tirándole de espaldas.

—¡Vamos, Paul, no pierda más el tiempo! —gritó ella.

El joven se metió en el coche. Carol arrancó de inmediato.

—Hemos tenido suerte, ¿eh? —comentó ella, con sonrisa maliciosa.

—No estuvo mal —respondió Paul, respirando profundamente—. Me imagino que ahora sí querrá un cigarrillo.

—Por supuesto.

Fumaron en silencio, mientras el auto seguía alejándose de la ciudad. Al cabo de unos minutos, ella dijo:

—Creí que no iba a entender mis señales de morse, Paul.

—Me costó un rato. ¿Dónde lo aprendió?

—Hubo una temporada que teníamos yate —contestó ella, con voz teñida de melancolía—. Mi padre me hizo aprender a manejar la radio y, naturalmente, el sistema morse.

—Yo lo aprendí en la Armada. Serví en ella casi tres años.

Callaron otra vez.

—Paul —habló Carol de nuevo, ¿recuerda lo que le dije esta mañana cuando le llamé?

—Sí.

Pasé la noche casi en vela. He pensado mucho en lo que me dijo usted anoche. No —añadió ella con voz sorda—, no se puede seguir en esta clase de vida. Se tiene dinero, pero no seguridad ni una conciencia tranquila.

—Me parece muy bien su cambio de opinión.

—La película indica dónde puedo encontrar algo por lo que me darán un cuarto de millón. Ignoro quién es el comprador, pero, a lo que creo, debe estar también señalado en la película.

—¿Usted cree? Yo oí decir a Quint que su padre no había filmado más que un paisaje de montaña con un lago.

—Cierto. Y eso es precisamente lo que me extraña, porque mi padre no me engañó jamás. Cuando le detuvieron, tuvo tiempo de decirme que en esta película se hallaba mi fortuna. El... andaba mal de salud en los últimos tiempos. Sabía que no saldría con vida de la cárcel.

—Lo siento, Carol.

La voz de la muchacha estaba impregnada de melancolía.

—Tuvo mucho dinero y lo gastó todo. No fue nunca un hombre ahorrador, aunque me dio todos los caprichos. Ya le dije que llegamos a tener yate.

—Sí.

—Era un hombre excepcional..., para una cosa. ¿Se lo digo, Paul?

—A su gusto, Carol.

—Mi padre era el mejor grabador de Estados Unidos.

Paul lanzó un tenue silbido. Empezaba a ver claro.

—Entonces —dijo—, debe tratarse de algún gran paquete de dinero falso, que usted debe entregar a determinada persona,

indicada también en la película, la cual le pagará a cambio un cuarto de millón de dólares.

—Más o menos, eso supongo yo que es.

—¿Y los demás, cómo estaban enterados del asunto?

—Hubo una época en que trabajaron juntos. La sociedad les permitió progresar, si se les puede aplicar esta palabra, y se separaron, cuando creyeron tener el riñón bien cubierto.

—Entonces, no tiene lógica ahora que anden peleándose por un cuarto de millón, Carol.

—Es mucho dinero, Paul, a pesar de todo.

—¿Lo devolverá usted a la Policía, si lo encuentra?

—Sí.

No había la menor sombra de duda ni vacilación en la afirmación de la muchacha. Paul se sintió extrañamente contento al escucharla.

De pronto, se dio cuenta de que continuaban alejándose de la ciudad.

—¡Eh! ¿Adónde vamos? —exclamó, sorprendido.

—Yo también poseo una cabaña en la sierra —sonrió Carol—. Allí estaremos seguros.

—No por demasiado tiempo —refunfuñó él—. Y, además, olvida usted que yo también tengo mis negocios.

—Está tratando de ayudar a una chica a que vuelva al camino decente, ¿no es eso?

—Si se lo toma usted así, no me queda otro remedio —se resignó el joven—. Oiga, Carol, ¿quién es Lola Gómez?

—¿Lola Gómez? —repitió ella, extrañada.

—Sí, la mujer que le dije iba con este rufián a quien hemos expulsado del auto. —La recuerdo, pero el nombre no me dice nada. Descríbame, ¿quiere?

—Tiene unos treinta y cinco años, alta, esbelta, pelo muy negro y viste sofisticadamente.

—Entonces se hace pasar por española para llamar más la atención, pero no se llama así. Si mis cálculos son correctos, se trata de Lola McKay, esposa o viuda de Bill McKay.

—Otro miembro de la banda de su padre.

—Sí. Hace mucho tiempo que no sé de él. Quizá murió violentamente. Era un tipo muy aficionado a darle al gatillo.

—Y su viuda quiere tomar su parte de la llamémosle herencia.

—Así parece —convino la joven.

Dos horas después, Carol detenía el vehículo ante una cabaña de tamaño más reducido que la que Paul conocía. Estaba situada al otro lado de Blue Ridge, en la falda de una montaña cubierta de pinos y a cien metros escasos de un lago de unos cinco kilómetros de largo por dos y medio de anchura.

—Éste es el lago registrado en la película —dijo Carol.

—Me gustaría verla en la pantalla —manifestó Paul.

—Traigo un proyector en el portamaletas. ¿Quiere sacarlo? —Claro.

Carol se dirigió a la cabaña. Por encima del hombro, gritó:

—Hay también una bolsa con comida, Paul.

—Usted quiere ganar al «Marciano» —rió él.

—No lo crea —contestó la chica desde la puerta—. Como todo lo que quiero y jamás he subido un gramo de mi peso normal.

—A esto se llama suerte —dijo Paul, levantando la tapa posterior del auto.

Sacó el proyector, metido dentro de una caja para hacer más fácil el transporte. Al lado había una gran bolsa de papel, llena de latas y conservas de todas clases. Algunas botellas asomaban por la parte superior.

Caminó hasta la cabaña y entró en ella. Carol le tomó el proyector.

—Iré preparándolo, mientras usted acomoda las conservas en el refrigerador.

—Creí que aquí no tendrían luz eléctrica —dijo él, sorprendido.

—El lago está mucho más poblado que el otro lado de la montaña —explicó la muchacha.

Paul se metió en la cocina y regresó unos minutos más tarde. Carol ya tenía todo dispuesto para la proyección.

—Apague la luz —pidió.

La proyección dio comienzo a los pocos segundos. Durante casi media hora, Paul estuvo presenciando una monótona sucesión de vistas de montaña y lago alternadas, en blanco y negro y sin ninguna cualidad excepcional, desde el punto de vista de un documental cinematográfico. Al terminar, encendió la luz.

Miró a la muchacha. Carol parecía perpleja.

—¿Está segura de que es la película que le indicó su padre?

—Absolutamente —respondió Carol con énfasis.

CAPÍTULO IX

Comieron en silencio. Cuando Carol servía el café, Paul preguntó:

—¿Qué fue, exactamente, lo que le dijo su padre respecto a la película?

—Pues... que debía verla, ya que en ella me indicaría la forma de ganar un cuarto de millón. En la película estaba grabado el sitio donde está... la cosa que debe recoger una persona y el nombre y la dirección de ésta.

—¿No le dijo cómo se llamaba esa persona?

—No.

—¿Por qué?

—Temía que me sucediera algo si me enteraba antes de hacer el trato y recibir los doscientos cincuenta mil dólares.

—O sea —dijo Paul—, que una vez que usted hubiese encontrado el dinero falso y recibido el cuarto de millón, estaría a salvo, ya que esos pistoleros no la molestarían.

—Justamente. No iban a robarme el dinero, una vez ingresado en el Banco.

Paul se pellizcó el labio inferior.

—Pero Veramy resultó asesinado y él tenía el cabete con la película.

—Entonces no había tomado la decisión de entregar el dinero falso —murmuró—. Por eso dije que había traicionado a mi padre. Fue... su mejor amigo y yo confiaba en él. Me acompañó al Banco, donde estaba depositado el film, en una caja de alquiler, pero luego me lo robó.

—Entiendo. Carol, no se ofenda si le digo una cosa, pero..., su padre no debía estar bien de la cabeza en sus últimos tiempos.

—¿Cree usted que todo fue imaginación suya? —exclamó ella vivamente.

—Quizá. Usted misma me dijo que su padre sabía que no iba a salir con vida de la cárcel.

—Sí, pero su enfermedad era de tipo cardíaco. Sus facultades mentales...

—Sus facultades mentales pudieron verse alteradas por el hecho de que conocía la relativa inminencia de su muerte.

Carol asintió pesadamente.

—Es verdad —concordó en voz baja.

De pronto, se puso en pie y caminó hacia la puerta. Quedó allí, en pie, erguida, con las manos a la espalda.

El contraluz que venía del lago delineaba una silueta perfecta a través del vestido, a pesar de su pequeña estatura. Paul se levantó también y, acercándose a ella, le puso las manos sobre los hombros.

Ella se estremeció ligeramente.

—Paul —murmuró.

—¿Sí, Carol?

Hubo un momento de silencio. De pronto, la chica se volvió y escondió su cara en el pecho del joven.

Paul notó los estremecimientos de sus hombros. Carol lloraba.

—Necesita desahogarse —musitó con voz afectuosa—. Llore todo lo que le venga en gana.

Carol gimió durante unos momentos. Al cabo de un rato, con voz entrecortada, dijo:

—Paul, me siento muy feliz y muy desdichada al mismo tiempo... No sé si usted me entenderá... Yo..., yo quería ese dinero..., para tener lujos nuevamente... pero también deseaba una existencia tranquila, sin sobresaltos...

—Es usted la que debe elegir su propio camino, Carol —murmuró Paul suavemente.

Ella levantó sus ojos húmedos hasta el rostro del joven.

—Creo... —dijo sonriendo a través de las lágrimas—, que ya lo he elegido.

—Usted es joven aún —sonrió Paul—. Y muy bonita. Pronto encontrará una persona decente que la quiera. Se casará, tendrá muchos hijos..., y dentro de diez años, cuando haya cumplido los treinta y tenga que cuidar de un marido y cuatro chiquillos, no

tendrá ya más preocupaciones..., que las que puedan dar un esposo y los hijos, que son muchas.

—Es usted maravilloso, Paul —habló Carol, algo más animada. De pronto, se puso de puntillas y le besó en los labios—. Es lo menos que puedo hacer por el hombre que me ha hecho ver mi futuro con claridad.

Luego suspiró.

—Hijo, qué alto es usted. Creí que no iba a alcanzar su boca.

Paul se echó a reír. Ella oprimió cariñosamente una de sus manos y se metió dentro de la cabaña.

—Tengo que recoger las cosas —expresó—. No, no me ayude a fregar los cacharros. Siéntese en la veranda y contemple el lago.

El resto del día transcurrió con entera normalidad. Al caer la noche, Paul proyectó la película una vez más, mientras Carol preparaba la cena en la minúscula cocinilla de la cabaña.

La segunda proyección, como la primera, no le dijo nada nuevo. Sintiendo frustrado, recogió todos los cacharros y los apartó a un lado, a fin de disponer la mesa para la cena.

Había luna. Estuvieron contemplando el lago durante un rato a la luz del satélite, hasta que Carol se manifestó con deseos de dormir. Paul se quedó unos minutos más, consumiendo el último cigarrillo.

La cabaña disponía de dos habitaciones. Ocupó la que estaba en el lado opuesto a la de Carol y, pese a sus preocupaciones, a los pocos minutos dormía profundamente.

Al cabo de unas tres o cuatro horas de sueño, se despertó bruscamente.

Miró en torno suyo, desconcertado. La ventana estaba abierta y por ella penetraba el leve rumor de las hojas de los árboles al ser agitadas por una tenue brisa.

Vaciló unos segundos. Al cabo, metió las piernas en los pantalones, se puso los zapatos y salió del dormitorio.

La cabaña estaba en silencio. Atravesó el salón y abrió la puerta.

Carol se hallaba en la veranda. Estaba de pie, con los brazos cruzados.

—¡Carol! ¿Qué hace usted aquí? —preguntó él, con no poca sorpresa.

—Alguien me ha llamado durante la noche, Paul —respondió

ella—. No sé quién es, pero escuché su voz.

—Es curioso —murmuró Paul—. Yo también oí una voz..., pero lo extraño del caso es que la sentí dentro de mi cerebro. Era una voz «silenciosa», sin vibraciones sonoras. —Exacto— convino Carol. —A mí, la voz me dijo:

«Busca en...», pero ya no conseguí captar el resto de la frase.

Paul se tironeó del labio inferior.

—A mí también me dijo lo mismo. «Busca en...» —Sacudió la cabeza, haciendo un gesto de impotente furia—. ¡Esto no puede ser, Carol! —exclamó casi con rabia.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Las voces que nos hablaron al mismo tiempo dentro de nuestro cerebro. Telepatía se llama a ese fenómeno..., pero ni usted ni yo tenemos el aspecto de ser telépatas.

—Los telépatas no se distinguen por su aspecto externo, Paul.

—Ya lo sé. Me refería a nuestro comportamiento... Mire, Carol, cosas como ésta, sólo pasan en las novelas de ciencia-ficción. Eso de que el héroe, o la heroína o los dos juntos a la vez, reciban una misteriosa llamada dentro de su cerebro..., son fantasías de novelistas que escriben novelas de ese género. La telepatía actual, tal como se conoce, es muy distinta.

—Pues eso es lo que me extraña a mí —dijo Carol, sumamente preocupada—. Porque los dos, y casi al mismo tiempo, hemos captado la misma frase. «Busca en...». ¿Quién nos ha llamado? —Le agarró el brazo de repente con mano crispada.

—No lo sé —respondió Paul—. Pero si quiere un buen consejo, lo mejor que puede hacer es acostarse de nuevo y procurar dormir.

—Será muy difícil, pero lo intentaré —concordó la muchacha.

Carol se marchó. Paul quedó allí todavía algún momento.

¿Habían adquirido súbitamente una receptividad telepática que les permitía captar los mensajes distantes de alguna persona a la que no conocían?

Estremecido, se preguntó si no se trataría de algún mensaje del más allá..., de un mensaje del padre de la muchacha.

—¡Eso es espiritismo y yo no creo en semejantes paparruchas! —farfulló, enojado consigo mismo.

Pero una cosa era indudable: había captado aquellas dos palabras en lo más profundo de su sueño. Y no se trataba de

ninguna pesadilla.

¿Dónde había oído decir que las células cerebrales tienen una actividad eléctrica, que no es igual en todos los seres humanos? Sí, algo de eso se refería a los reconocimientos médicos por electroencefalograma..., pero jamás había captado la posibilidad de ser él el sujeto de algún extraño experimento de esa índole..., y a distancia, además. Más parecía el determinado incidente de una novela de ciencia-ficción de tema telepático. Sin embargo, la voz les había dado una indicación: «Busca en...». ¿De quién era la voz? ¿Dónde debían de buscar?

Se acostó, inquieto y desazonado, tanto, que apenas si dio ya unas cuantas cabezadas en el resto de la noche.

Madrugó bastante y empezó, a preparar el desayuno. Carol compareció cuando estaba terminando de freír los huevos.

—Hola, Paul —sonrió con agradable expresión.

—Prepárese a llenar el estómago —contestó él—. ¿Cómo va ese apetito?

—Magníficamente.

—¿A pesar de las voces misteriosas?

—¡No nos prohibieron comer, que yo sepa! —exclamó la muchacha, riendo.

Un poco más tarde, se sentaron a la mesa. Cuando estaban terminando de desayunarse, Paul suscitó la cuestión del regreso.

—Me gustaría echar un vistazo a mis asuntos —dijo.

—Bien, entonces, no hay más que recoger las cosas y... Lo único que siento es no poder entregar el dinero falso.

—Si tiene la intención de hacerlo, no se preocupe; ya aparecerá cuando menos lo pensemos.

Momentos más tarde, se levantaban de la mesa. Entonces, a través de la ventana abierta les llegó el distante rumor del motor de un coche.

—Viene alguien, Paul —exclamó Carol, angustiada.

El joven reaccionó inmediatamente. Poniéndose en pie, buscó su revólver. Luego se echó al bolsillo el rollo de película.

—Para volver tenemos que seguir el mismo camino, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, vamos a escondernos entre los árboles. —Blandió el

revólver—. Si vienen, les daremos un disgusto.

Agarró la mano de la muchacha y la llevó hasta una de las ventanas posteriores, que abrió sin más dilación. Luego, asiéndola por el talle, la izó a pulso y la sacó a fuera. El mismo la siguió a continuación.

Había un grupo de arbustos a veinte metros de la cabaña. Corrieron hacia allí y se agacharon detrás de los ramajes, justo en el momento en que un automóvil se detenía en la pequeña explanada que había frente a la cabaña.

Tres personas se apearon del coche en el acto, encabezadas por la hermosa morena que se hacía llamar Lola Gómez.

—Su coche está aquí todavía —gritó la mujer—. ¡Buscadlos inmediatamente!

Paul apretó con fuerza la culata del revólver. Si les encontraban, se defendería a tiros.

CAPÍTULO X

Nino y el otro pistolero entraron en la cabaña, mientras la mujer se quedaba frente a la puerta, mirando en torno suyo. A los pocos momentos, sonó la voz de Nino:

—¡No están! ¡Se han ido!

—¡Imposible! —rugió la mujer encolerizada—. El auto está aquí y...

Calló un momento, mientras meditaba.

—Ya lo sé —dijo de pronto—. Se han escondido en el bosque.

—Vamos, tú —dijo Nino a su compañero.

Los dos pistoleros se dirigieron hacia el bosque. Pero no llegaren a dar una docena de pasos.

Un automóvil desembocó súbitamente en la explanada. Nino y Jack se volvieron, justo en el momento en que tres hombres saltaban al suelo y la emprendían a tiros con ellos.

Durante unos segundos, no se oyó otra cosa que el estampido de las armas de fuego.

Cogidos en desventaja, Nino y Jack no tuvieron opción.

Las balas derribaron sus cuerpos. Lola aparecía también caída.

Carol se agarró al joven con mano convulsa. Desde el lugar en que se hallaban, habían podido presenciar la escena perfectamente.

Los recién llegados eran «Atila» Bowson y sus dos compinches. Bowson corrió hacia la mujer caída y la agarró por los cabellos sin ninguna consideración.

—Está viva —dijo con satisfacción no disimulada—. Arriba, Lola.

La mujer se puso en pie. Tenía el rostro lívido.

El «Marciano» se acercó a ella y le puso la pistola entre los senos.

—¿Disparo, jefe? —preguntó con acento morbosos.

Paul alzó su revólver. Lola no era buena, pero se trataba de una mujer y, a fin de cuenta, no podía permitir un asesinato a sangre fría.

La respuesta de «Atila» le relevó de un grave compromiso.

—No —contestó el forajido con torva sonrisa—, no..., todavía. Registrad la casa primero.

El «Marciano» y su compinche penetraron en la cabaña. «Atila» permaneció frente a la mujer.

—¿Has encontrado la película? —preguntó.

Lola sacudió la cabeza negativamente.

—A ver, déjame tu bolso —pidió Bowson, arrebatándoselo.

Hurgó en su interior. Luego la miró apreciativamente de los pies a la cabeza.

—No, no me parece que lo lleves encima —dijo.

Lola se rehízo.

—¿Qué vas a hacer conmigo, «Atila»? —preguntó.

—Suprimir un estorbo.

—¿Me vas a matar?

—Lo has adivinado. No puedo dejar que te pongas en el camino de un cuarto de millón.

—Escucha...

«Atila» la derribó al suelo de una monumental bofetada.

—Ya me has estorbado bastante —dijo coléricamente—. Esto se ha acabado ya. Paul tenía cubierto al forajido con su revólver. Bowson estaba desarmado, aunque el joven suponía que debía llevar una pistola bajo la chaqueta.

Si veía que la sacaba, dispararía.

Pero «Atila» no hizo mención de usar ningún arma. Paul se preguntó de qué forma pensaba asesinar a la mujer.

«Huesos» y el «Marciano» salieron a poco.

—No hay nadie en la cabaña, jefe —informó el primero.

—La mesa está puesta —dijo el gordito—. Debían estar terminando de cenar, cuando vieron venir a éstos y huyeron.

—Se habrán escondido en el bosque —dijo «Atila». Y la chica debe llevar encima el carrito con la película.

—¿Los buscamos? —inquirió «Huesos».

Bowson dudó unos instantes.

—No —resolvió al cabo—. Os liquidarían fácilmente. Hay mucha vegetación y es fácil esconderse. Volverán a la ciudad, no cabe la menor duda.

—Pero es que entretanto, pueden hallar...

—He dicho que ya los encontraremos —cortó «Atila» bruscamente—. Vamos ahora a preocuparnos de esta dama.

Lola estaba sentada en el suelo y contemplaba a los forajidos con expresión hipnótica, sabiendo que estaba sentenciada a muerte.

—Allí veo un bote —indicó Bowson. Y luego dijo algo que ni Paul ni Carol pudieron captar desde su escondite.

«Huesos» se encaminó hacia el bote y, pasando a su bordo, lo trajo remando hasta la orilla. Saltó nuevamente a tierra y arrojó los cadáveres en el interior de la embarcación.

Acto seguido, ayudado por el «Marciano», buscó cuerdas. Luego, trajeron tres grandes piedras.

Carol sintió que se le helaba la sangre en las venas al comprender las intenciones de los forajidos.

—No puede permitir que lo hagan, Paul —susurró al oído del joven.

«Huesos» y el «Marciano» llevaron los cuerpos de los forajidos muertos al bote, atán道les a los pies sendas piedras. Regresaron a la orilla y empezaron a atar a Lola de pies y manos.

Las intenciones del trío eran evidentes. Llevarían el bote al centro del lago, le harían un agujero, un disparo bastaría para ello, y lo dejarían hundir con su carga.

Paul abandonó su escondite y corrió encorvado hacia la parte posterior de la cabaña. La rodeó y se situó en la esquina opuesta.

Asomó la cabeza con grandes precauciones. «Huesos» estaba atando al cuello de Lola una cuerda, que terminaba en la tercera piedra.

La cara de Lola expresaba un horrible miedo. Paul se dijo que, cualesquiera que hubieran sido los delitos de la mujer, no se merecía una suerte tan espantosa.

Dio un paso hacia adelante y exclamó:

—¡Arriba las manos todo el mundo! ¡Al primero que se mueva, lo mato!

Los tres rufianes se volvieron a un tiempo, enormemente sobresaltados. «Huesos» y el «Marciano» obedecieron en el acto.

«Atila» lanzó un rugido de rabia. Desobedeciendo la orden de Paul, metió la mano en el interior de la chaqueta.

Entonces llegó una piedra volando por los aires y le alcanzó en el cuello. El rugido de rabia se transformó en uno de dolor. Bowson se derrumbó al suelo, aturdido por el impacto.

—Buena chica —sonrió Paul, avanzando hacia los rufianes.

Lola le contemplaba con ojos desorbitados. No acababa de creer en su buena suerte.

—Las manos en la nuca —ordenó Paul—. Rápido.

Los pistoleros obedecieron.

—Quíteles la artillería, Carol —indicó el joven.

—Al momento.

La muchacha obró con rapidez. Segundos más tarde, tres pistolas habían pasado a sus manos.

—Tírelas al lago, Carol.

—Con muchísimo gusto, Paul.

«Atila» empezó a levantarse, con ojos todavía turbios. Paul movió la mano izquierda.

—Siéntense los tres en el suelo y quítense los zapatos.

—¿Qué es lo que se propone, maldito fisgón? —rugió Bowson, lívido de ira.

Paul le apuntó directamente a la cara.

—Matarle, si no me obedece antes de diez segundos. Así no tendré que molestarme en tirar sus zapatos..., claro que entonces será su cuerpo el que vaya a parar al fondo de las aguas.

«Atila» se sentó precipitadamente. Los otros dos estaban ya descalzándose.

Carol actuó sin necesidad de que le dieran órdenes de ninguna clase. Zapato tras zapato fueron volando por los aires y cayendo al agua a buena distancia de la orilla. —Hay lo menos cinco metros de profundidad en ese sitio— exclamó, satisfecha.

—Muy bien —sonrió Paul—. Ahora, tome los dos coches y láncelos también al agua.

—¿Y yo? —preguntó Lola de repente, todavía sentada y atada.

—Espere un momento —contestó el joven secamente.

Carol montó en el coche de Lola y lo hizo arrancar. El vehículo adquirió velocidad a favor de la pendiente y acabó sumergiéndose en el lago casi por completo.

El otro coche corrió la misma suerte. A continuación, Paul hizo que Carol desatara a Lola.

—Usted se vendrá con nosotros, señora McKay —dijo Paul, dando a la mujer su verdadero tratamiento.

—Se lo agradezco mucho...

—No agradezca nada —atajó bruscamente—. Estoy seguro que, de haber podido, nos habría asesinado a sangre fría. ¡Vamos!

Paul miró a los bandidos.

—Avisaré a la policía de los dos asesinatos que habéis cometido. Esta chica, Lola y yo lo vimos perfectamente. Ya podéis imaginaros lo que os va a pasar.

«Atila» contestó con una serie de horribles invectivas, dirigidas principalmente contra Carol, a la que trató en los términos más indecorosos. Paul se hartó y aplicó su pie a la mandíbula del forajido, derribándole al suelo sin sentido.

—Vamos —dijo secamente.

Las dos mujeres caminaron hacia el auto.

—Carol, usted conducirá. Yo vigilaré a Lola en el asiento de atrás.

—Muy bien, Paul.

Abandonaron el lugar al instante. Para llegar a la carretera, les faltaban todavía más de treinta kilómetros.

Era preciso rodar a poca velocidad. El camino, aparte de angosto, tenía muchas curvas, lo cual hacía preciso poner un cuidado especial en el manejo del volante.

Unos veintiséis kilómetros más adelante, alcanzaron el cruce de caminos del que seguían con el que se dirigía a la cabaña donde Paul había estado secuestrado unas pocas horas días antes. Paul recordaba perfectamente el lugar.

—Pare, Carol —indicó.

La joven obedeció.

Paul saltó al suelo.

—Abajo, Lola.

La mujer le miró con furia devoradora.

—¿Va a dejarme aquí, a pie?

—Hace unos días, usted tenía mucha menos ropa encima que ahora. Agradezca que le dejo los zapatos —contestó él secamente—. Baje.

Lola obedeció, temblando de rabia.

—Lo que son las cosas —dijo la muchacha irónicamente—. Salve usted la vida a una persona, para que encima no le den siquiera las gracias.

Lola se revolvió furiosamente contra la chica:

—Cállate. No estaba hablando contigo.

Carol se apeó del coche y se plantó frente a la mujer.

—Me has dado muchos disgustos —dijo—. Si hubiésemos sido de tu calaña, habríamos dejado que «Atila» te hubiera lanzado al agua con una piedra al cuello. Es posible que de este modo, nos hubiésemos quitado preocupaciones para el porvenir.

—Escucha, Carol... —rogó la mujer—. Ese dinero, si tú quisieras...

—No quiero nada contigo —gritó Carol, exasperada—. Estoy harta de gentuza como vosotros. Quiero vivir honradamente, sin tener que mirar continuamente por encima del hombro, para ver si me sigue un policía. ¿Está claro?

Una turbia sonrisa flotó en los labios de la mujer.

—Lo que pasa es que quieres el dinero para ti sola..., para gastártelo alegremente con ese buen mozo que va a tu lado.

Carol se irritó sobremanera por las mordaces palabras de Lola. Sin poder contenerse, disparó su puño derecho y lo hundió en el estómago de su oponente.

Lola dejó escapar un fuerte resoplido y se agarró la región afectada con ambas manos. Sin dejarla recuperarse, Carol volvió a pegar de nuevo, esta vez en la mandíbula.

Lola quedó tendida de espaldas, con los brazos abiertos. Estaba consciente, pero no tenía fuerzas para reaccionar.

—Vamos, Paul —dijo Carol.

El joven tomó el volante. Cuando arrancaron, ella hundió la cara entre las manos y se echó a llorar.

—¿Cuándo me veré libre de esta pesadilla? —gimió—. Esa mala mujer..., se ha creído que yo soy como ella...

—No haga caso, Carol —dijo Paul, tratando de calmarla—. Si su conciencia está tranquila, no debe tener miedo a los comentarios de la gente, y menos si provienen de personas como Lola. A fin de cuentas, no hace más que expresar envidia y...

Un coche surgió de repente ante ellos en la curva próxima. Paul

maniobró para dejarle paso.

Los dos vehículos se cruzaron a velocidad reducida. Paul arrojó una mirada de indiferencia hacia los ocupantes del otro automóvil.

Repentinamente, sufrió un fuerte sobresalto.

—¡Carol, es Bray Quint! —gritó.

CAPÍTULO XI

Quint iba acompañado de Bug y de otro rufián al cual no conocía Paul. También reconoció a la pareja que viajaba en el automóvil que seguía una dirección diametralmente opuesta.

—¡Vira, Bug! —rugió—. ¡Son ellos!

Carol volvió la vista hacia atrás.

—Se detienen, Paul. Van a perseguirnos —dijo.

El joven no contestó. Toda su atención estaba centrada en el manejo del coche.

—Vaya informándome, Carol —pidió él, a la vez que aumentaba la velocidad—. No me atrevo a mirar por el espejo retrovisor.

—De acuerdo —contestó ella.

Pero no era posible correr demasiado; había muchas curvas y la carretera carecía de espacio suficiente para tomarlas a gran velocidad.

—Ya los veo de nuevo —dijo Carol al cabo de unos minutos.

Paul aceleró más todavía. Pronto se dio cuenta de que había llegado al límite.

—Lo siento —dijo—. Soy un conductor de ciudad, no un especialista en *rallyes*.

No se atrevía a correr más, temeroso de salirse del camino en cualquiera de las curvas.

—Están ganando terreno —informó Carol cinco minutos después.

—¿Cuánto falta para la carretera?

—Unos diez kilómetros.

Paul torció el gesto. Dudaba de ganar la autopista, donde hubiera tenido alguna posibilidad.

—Vamos a tener que hacer algo para eludir su persecución —

exclamó.

Carol no contestó. Tenía los ojos fijos en el camino. El coche de Quint aparecía y desaparecía según las curvas, pero implacablemente más próximo a cada segundo que transcurría.

—Iban tres —dijo Paul—. ¿Conocía usted el tercero?

—No, debe ser nuevo.

—Seguramente, Quint largó a Carrie todo el peso de la acusación del asesinato de Veramy. De otro modo, no se comprende que esté en libertad, después de la incursión policial de hace dos noches en su local.

De repente, vio a unos cincuenta metros un trozo de terreno algo más llano y relativamente despejado de árboles.

—¡Agárrese fuerte, Carol! —gritó.

Quitó gas, aunque sin aplicar el freno. Golpeó el volante hacia su derecha y sacó el coche del camino, metiéndolo en el espacio claro, que estaba rodeado de abundante vegetación.

Segundos después, el coche de los bandidos pasaba por delante de ellos como una exhalación.

—Volverán —dijo Carol—; se han dado cuenta de nuestra maniobra.

—Bien, vamos a ver si nos los quitamos de en medio.

Las ruedas motrices resbalaron unos instantes en la espesa capa de pinochas que cubría el suelo. Paul consiguió hacer virar el auto y lo situó con el morro hacia el camino, en el lado opuesto del claro.

Dejó el motor en marcha, al *ralentí*. A poco, volvieron a escuchar el ruido del auto de Quint.

—Prepárese, Carol —dijo en voz baja.

El otro coche subía a todo gas. Era evidente que los bandidos creían que sus perseguidos habían dado media vuelta para huir de nuevo hacia la montaña.

Frente a ellos, el suelo, al otro lado del camino, se inclinaba en una pendiente bastante pronunciada, sin llegar a formar terraplén. Paul crispó los puños sobre el volante.

Cuando oyó que el otro coche estaba a pocos metros de distancia, aceleró brutalmente y salió fuera del claro.

La maniobra resultó perfecta. El chofer de Quint les vio echárseles encima y, desesperadamente, trató de evitar la colisión, virando hacia el lado contrario del camino.

El morro del auto de Carol golpeó el costado del otro coche, aumentando así la desviación. Se oyó un estrépito espantoso.

Paul clavó el freno, deteniendo en seco a su automóvil. El de los bandidos abandonó la carretera y emprendió un acelerado descenso por la pendiente, dando unos tumbos tremendos, hasta que chocó de refilón contra un grueso pino, que lo lanzó a un lado.

Otro árbol se puso delante de la proa, deteniendo en seco la enloquecida marcha del vehículo. Una de las portezuelas se abrió con el choque.

Bug saltó al suelo. Corrió unos pasos y luego se derrumbó de bruces.

Quint y el otro gorila salieron tambaleándose, aturridos por la fuerza del impacto. Impotentes, vieron a sus perseguidos correr libremente hacia la autopista.

Durante unos momentos. Quint trató de recuperarle. Luego, vacilando todavía, se acercó al automóvil.

Una exclamación de rabia se escapó de sus labios al ver los destrozos sufridos.

—Se nos han escapado —dijo, entregándose a un indescriptible ataque de cólera.

Paul y Carol respiraron aliviados cuando se encontraron en la autopista.

—En mi vida había corrido tantas aventuras —suspiró él—. Cuando termine este condenado asunto, me habrán salido canas.

—Todavía me quedan unos dólares para comprarle un frasco de tinte —dijo Carol de buen humor.

—Falta me hará —rezongó él.

La chica le cogió un brazo y se lo apretó afectuosamente.

—¡Me acordaré siempre de usted, Paul! —dijo.

—Será difícil que me olvide, Carol. A mí me pasará lo mismo.

—¿Lo dice de veras? —preguntó ella, enternecida.

—Después de todas estas aventuras, ¿quién podría olvidarla?

—¡Oh! —exclamó ella, decepcionada—. Yo creí que lo decía en otro sentido, Paul.

El joven le arrojó una rápida mirada.

—Parece que hay alguien más que tampoco la olvida —dijo intencionadamente.

—¿A quién se refiere usted, Paul?

—Bray Quint.

Carol se quedó súbitamente silenciosa. Replegóse en sí misma, con los brazos cruzados, y dejó que sus ojos miraran al frente.

—¿No me contesta, Carol? —preguntó él.

—Hubo un tiempo en que Quint y yo pensábamos casarnos —respondió la chica envaradamente.

—¿Y ahora?

—Aquello se acabó.

—Es un guapo mozo.

—Y un asesino, también.

—En eso estamos de acuerdo. ¿No la obligará a que se case con él? De este modo, podría eludir cualquier declaración suya desfavorable para sus intereses.

—Antes me dejaría matar, Paul —declaró Carol con gran vehemencia—. Sólo me casaré con el hombre a quien ame.

—Un modo de pensar que me agrada mucho, Carol. ¿Lo tiene elegido ya?

—Sí.

—¡Vaya! Ésa es una buena noticia para mí. ¿Quién es?

—Usted le conoce, pero no se lo diré.

Paul sonrió.

—Bueno, espero que me envíe una invitación para asistir a su boda. Lo celebraré muchísimo.

Una enigmática sonrisa flotó en los labios de la chica.

—Paul, le aseguro que el día que se case, no faltará usted a la ceremonia.

—Así sea —respondió él muy serio.

Cincuenta minutos más tarde, entraban en Saltos Cross. Paul encaminó directamente el auto hacia su casa y lo detuvo frente al edificio.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la llave del piso.

—¡Tome! —dijo—. Entre en casa y espéreme allí.

—Esos tipos pueden volver —opinó Carol.

—«Atila» y sus hombres están fuera de combate. Lola ha sido retirada de la circulación.

Quint está atascado en la montaña. Disponemos, por lo menos, de veinticuatro horas.

—¿Qué es lo que va a hacer en ese espacio de tiempo? —

inquirió ella.

—Lo primero, atender a mi despacho. Tengo que vivir, no lo olvide.

—¿Y después?

—Saborear la exquisita cena que usted tendrá preparada para mi regreso.

Carol se apeó del automóvil. Paul permaneció junto a la acera, hasta que la vio desaparecer dentro del edificio.

—Conque quieres que vaya a la iglesia el día en que te cases, ¿eh? —murmuró, sonriendo—. Que me cuelguen si faltó a la ceremonia.

Arrancó inmediatamente. Antes de entrar en su oficina, adquirió un proyector cinematográfico.

Despachó con su secretaria los asuntos más urgentes y repasó el estudio que le habían hecho acerca del encargo solicitado. Realizó algunas correcciones y añadió algunas anotaciones por su cuenta. Al terminar, se lo entregó a la joven.

—Páselo a limpio, pero no lo envíe hasta que se lo indique. Ah, *miss* Donovan, si mañana tardo en volver, no se preocupe por mí.

—Muy bien, señor Seart.

Cuando abandonó la oficina, eran ya las seis y media de la tarde. Compró un enorme ramo de flores y volvió a su casa.

Carol salió a recibirle. Paul lanzó un penetrante silbido.

—Parece usted otra —alabó.

La chica dio dos vueltas por el saloncito.

—Hay que reconocer su buen gusto en la elección de indumentaria femenina. Su esposa se sentirá muy contenta de tener a su lado un hombre como usted. —Soy soltero, Carol.

—Ya se casará —dijo ella, riendo—. Vamos, deme las flores y no se quede ahí como un pasmarote.

—Usted tiene la culpa de ello, Carol.

Era preciso reconocer que, si bien el vestido era muy bonito, Carol, con su hermosa figura, le hacía ganar un cien por cien. Realmente, era una chica muy bonita.

Más tarde, después de cenar, Paul proyectó la película una vez más. Al terminar, meneó la cabeza, con aire dubitativo.

—No lo sé. Usted parece estar muy segura de que esta película indica el escondite del dinero falso, pero yo no veo nada.

Carol permaneció silenciosa.

—Mi padre tuvo muchos defectos y no llevó una vida honrada, pero, al menos conmigo, tuvo la virtud de no engañarme jamás —dijo al cabo de unos momentos—. Si él me dijo que la película indicaba el escondite del dinero falso, es que lo indica, Paul.

El joven se encogió de hombros.

—En fin, volveremos a pasarla otra vez. Quizá está señalado el escondite en algún fotograma que no sabemos captar. Una señal rara, un mojón indicador... Apague la luz de nuevo, Carol.

CAPÍTULO XII

A la medianoche, Paul se despertó bruscamente sobresaltado.

En la oscuridad de su dormitorio, se sintió invadido por un extraño terror.

La voz misteriosa había vuelto a hablarle de nuevo.

Horrendas historias de seres humanos dotados de un supercerebro, capaces de dominar a distancia las mentes de las demás personas, acudieron a su imaginación inmediatamente. Se preguntó quién podía ser el misterioso individuo que trataba de apoderarse de su cerebro.

Pero eso no era posible, se dijo. Tales cosas sólo sucedían en las novelas fantásticas y él vivía una época absolutamente normal. Era materialmente imposible que alguien estuviese apoderándose de su mente.

Encendió la luz. Sobre la mesilla de noche tenía cigarrillos y fósforos.

Se puso un pitillo entre los labios. Al arrimar la cerilla se dio cuenta de que le temblaba la mano.

Sopló la llama y tiró el cigarrillo a un lado, con gran disgusto.

¿Qué le ocurría? ¿De quién tenía miedo?

Fuerzas misteriosas, de poder desconocido, estaban actuando sobre él.

¿De dónde provenían aquellas fuerzas? ¿Qué ser las estaba manejando?

Estaba nerviosísimo. Saltó de la cama, metió los pies en las zapatillas y se puso la bata.

Se dirigió al salón. No le causó ninguna sorpresa ver a Carol en pie.

—¿Usted también ha oído la voz? —dijo.

Carol movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, Paul.

Carol tenía el rostro tan blanco como el papel.

—Necesitamos un trago —rezongó el joven.

Destapó una botella y llenó a medias dos vasos. Carol no hizo remilgos al licor.

—¿Qué ha oído usted, Paul? —preguntó ella.

—«Busca en el tercer poste...».

—Sí —convino ella pensativamente—. Yo he oído lo mismo, aunque con un par de palabras más. «Busca en el tercer poste de la...». ¡Paul! —gritó de pronto, temblando de pies a cabeza—. ¿Qué ser maligno trata de apoderarse de nuestros cerebros?

Se abrazó a él desesperadamente. Paul trató de calmarla.

Acarició suavemente la frondosa cabellera de la chica. Realmente, era para sentirse asustado.

Reflexionó. Sí, era cierto que oían la voz en sueños, pero tampoco les ordenaba hacer nada malo. «Al menos por el momento», se dijo.

—¿Por qué ha oído usted dos palabras más que yo? —preguntó.

Carol tenía hundida la cara en su pecho.

—No lo sé, Paul, de veras que no lo sé —murmuró con voz sorda.

Volvió el silencio. Paul podía captar claramente los trémulos latidos del corazón de la muchacha, cuyo seno se oprimía contra su pecho.

—Usted ha oído dos palabras más que yo... —repitió con acento preocupado—. «Busca en el tercer poste de la...». ¿Qué es lo que tenemos que buscar, Carol?

Ella no contestó. Un súbito chispazo de luz iluminó el cerebro del joven.

—Tenemos que buscar el paquete con el dinero falso, naturalmente —dijo.

Carol levantó la vista.

—¡Es cierto! —exclamó.

—«... En el tercer poste de la...» —dijo Paul—. ¡Pero un paquete de billetes falsos, por valor aparente de uno o dos millones de dólares, no puede caber nunca en un poste!

—¿Y si ese poste es de hierro y hueco?

Paul se separó de la chica y se sirvió otro trago de licor.

—Usted ha oído dos palabras más que yo. Eso no parece tener sentido, pero debe haber una base para que se haya producido un hecho que resulta indubitable, para nosotros cuando menos.

Bebió un trago y encendió un cigarrillo. Carol se lo quitó con mano nerviosa.

Guardaron silencio durante unos momentos. La vista de Paul recayó accidentalmente en el proyector de cine.

—Oiga, se me acaba de ocurrir una cosa —dijo él de pronto.

—¿Sí, Paul? —exclamó Carol esperanzadamente.

—Es posible que se trate de una idea disparatada, pero desde hace unos días no hacen más que ocurrirme cosas disparatadas. ¿No se da cuenta de que siempre hemos oído la voz después de haber contemplado la proyección de la película que filmó su padre y a las pocas horas?

Carol abrió la boca de par en par. Su mano señaló temblorosa el proyector cinematográfico, que se hallaba aún en el mismo sitio que lo dejaran en el momento de acostarse.

—¿Quiere... decir... que el mensaje está... en el filme? —preguntó con voz balbuciente.

—Usted vio la película una vez más que yo, en el Quint's, ¿no es así?

Carol movió la cabeza afirmativamente. Paul dijo:

—Empiezo a sospechar la verdad, querida.

—Hable, por favor —pidió ella, tremendamente impaciente.

—Su padre era más listo de lo que parecía —sonrió Paul. Empezaba a ver una mayor claridad a cada segundo que transcurría —. Sí, el mensaje está en la película. Aguarde un momento.

Empezó a buscar por los cajones. Al cabo de unos minutos, tenía en la mano una potente lupa, un taco de cuartillas y un lápiz.

—Ahora vamos a saber, por fin, el lugar donde está el dinero falso. Siéntese a mi lado.

Carol obedeció. Paul sacó el carrete de película del proyector.

Buscó una pequeña lámpara y la puso frente a sí.

—Carol, pase el lápiz por el eje del carrete y sosténgalo, mientras yo devano la película. Cuando le diga, saque el lápiz y anote en el papel, ¿ha comprendido?

—De acuerdo —contestó ella.

La muchacha sostuvo el carrete en la posición indicada. Paul empezó a tirar de la película poco a poco, examinando los fotogramas uno a uno por medio de la lupa.

—Va a ser una labor muy pesada, pero creo que lo conseguiremos —dijo.

Cinco minutos después lanzó una exclamación.

—¡Ah, aquí están las dos primeras palabras! ¡Véalas usted!

La lupa aumentaba considerablemente el tamaño del fotograma. Superpuestas sobre el fondo de montañas, se veían las dos primeras palabras: «Busca en...». —Pero ¿cómo pudo hacerlo mi padre?— preguntó ella, atónita.

Paul sonrió satisfecho. Uno de los motivos de su alegría era, no tanto el haber descubierto lo que parecía un enigma indescifrable, como saber que no había ningún ser perverso que trataba de apoderarse de su mente.

—Se lo diré claramente —contestó—. Su padre hizo la filmación del paisaje, con la montaña y el lago, en primer lugar. Luego preparó un rótulo transparente..., un sencillo vidrio, en el que colocaba adheridas las letras necesarias para componer una o varias palabras.

«De cuando en cuando, detenía la filmación y colocaba el vidrio transparente delante de la cámara, con un nuevo grupo de letras. Ponía en marcha el motorcito que devana la película virgen y la imagen del rótulo quedaba impresa en el negativo y en un solo fotograma. Así, poco a poco, cambiando sucesivamente de letras y el rótulo de sitio, para dificultar aún más la recepción del mensaje, caso de que la película fuese a parar a manos extrañas, completó la filmación. ¡Ah! —exclamó de pronto. Aquí tenemos la segunda frase. Escriba, Carol».

Poco a poco, la película entera fue pasando ante la lupa que sostenía Paul. Una hora más tarde, tenían la frase completa.

—«Busca en el tercer poste de la marquesina de la cabaña del lago —leyó Carol—, y habla con Fred Paxton».

—En su cabaña —dijo él muy orondo.

Carol se quedó pensativa.

—No entiendo por qué dejó grabado el mensaje: de esta forma —murmuró.

—Yo se lo explicaré —contestó él—. La película es proyectada a

la velocidad de veinticuatro fotogramas por segundo. En ese brevísimo espacio de tiempo, es decir, una veinticuatroava parte de segundo, nuestro cerebro recibe, a través de la pupila, la retina y el nervio óptico, la impresión fotográfica de unas letras.

«El film se proyecta con demasiada rapidez para que la vista normal pueda captar las palabras grabadas. Por otra parte, los rótulos cambian continuamente; no hay uno igual, de modo que se puede presenciar la proyección sin que el espectador capte el sentido del mensaje.

»Entonces ocurre una cosa. Ese mensaje, que está en la película y que nosotros no hemos visto, pero sí captado, queda registrado en el subconsciente. Por la noche, al dormir, el sueño libera las inhibiciones de nuestro subconsciente y las frases que hemos presenciado afloran a la capa cortical del cerebro, haciéndonos creer que hemos escuchado una voz misteriosa, cuando la realidad es que se trata de que entonces es cuando realmente recibimos el mensaje».

Carol movió la cabeza afirmativamente.

—Y, claro, habiendo presenciado la proyección muy pocas veces, el mensaje no se ha grabado en el cerebro por completo ni con la suficiente fuerza para que lo sepamos sin recurrir al sueño.

—Exactamente —convino el joven—. Verá, Carol, esto es lo que, corrientemente, se llama parapsicología aplicada y que, en determinadas condiciones, está prohibida. Hace algún tiempo, se ensayó, a título de prueba y sin carácter afirmativo ni definitorio públicamente, una cosa semejante. En la proyección de una película normal, se habían intercalado los rótulos de propaganda de una conocida bebida refrescante. Por supuesto, la frecuencia de los rótulos era mayor que en este film y, además, eran todos repetidos e idénticos. Por lo tanto, la influencia que sufrían las mentes de los espectadores era mucho mayor, y su subconsciente quedaba afectado con muchísima mayor rapidez. A la mitad de la

proyección, casi todos sentían una sed horrible..., sed de beber *precisamente* aquel producto y no otro cualquiera.

—Es horrible —comentó Carol—. De este modo, cualquier malvado podría influir sobre una multitud para... cualquier cosa nada buena.

—Exactamente. Y es por dicha razón que tal género de publicidad está severísimamente prohibido tanto en el cine como en la televisión. No es ninguna broma, Carol; lo que le digo es la pura verdad.

—Le creo —contestó ella—. Pero mi padre se expuso a que se perdiera el mensaje.

Paul sonrió.

—Repito que era hombre listo y sabía que usted es mujer. Muy curiosa, por tanto. De modo que si en la primera ocasión no había visto nada, repetiría la proyección, buscando algún detalle del paisaje que le indicase el escondite del dinero falso. Usted trataría de encontrar algún indicativo especial, una y otra vez... y cuantas más veces repitiera la proyección, la influencia de los rótulos sobre su subconsciente iría haciéndose mayor, hasta que, al fin, descubriese el mensaje.

—Y de este modo, cualquiera otro que se apoderase de la película, la proyectaría una vez y, al no ver nada, se quedaría con lo que vulgarmente se dice, dos palmos de narices.

—Así ha sucedido, Carol.

Ella le miró fijamente.

—Todo eso está muy bien, Paul, y es de justicia reconocer que sin su ayuda, no habría conseguido nada.

Pero, dígame, ¿cómo pueden estar escondidos dos millones de billetes falsos en un poste de madera?

Paul se acarició la mandíbula.

—Temo que tendremos que comprar un hacha mañana por la mañana para averiguarlo —dijo.

—O sea, que hemos de volver a la cabaña.

—Sí, si quiere usted seguir la senda recta que mencionó días atrás.

—Sobre eso, no hay la menor duda, Paul —afirmó ella rotundamente.

El sonrió, a la vez que la tomaba por los hombros y le dirigía

una profunda mirada.

—Me gusta mucho oírle hablar así, Carol —dijo—. Ahora, sea buena chica y... Oiga, ¿quién es ese Paxton que menciona el mensaje?

—No lo sé —respondió Carol—. Nunca le oí mencionar a mi padre tal nombre.

—Es el sujeto con quien debe hablar usted para recibir el cuarto de millón.

—Sí, pero, repito, no le conozco ni le he visto nunca.

Paul reflexionó unos instantes.

—Quizá su padre no le hablaba de algunas cosas muy... particulares. Entiéndame —añadió apresuradamente—, no le mintió jamás, pero eso no significa que necesariamente le hubiese de contar todo lo que hacía.

—Es cierto —convino la muchacha pensativamente—. De todas formas, sea quien sea, no tendrá el dinero falso. ¡Paul, lo quemaremos allí mismo, una vez lo hayamos encontrado!

—Exactamente es lo mismo que iba a proponerle yo —manifestó Paul.

CAPÍTULO XIII

Cuando Carol se despertó, a la mañana siguiente, lo primero que vio al levantarse fue un hacha de tamaño más que regular, apoyada en una silla de la sala.

Paul estaba haciendo el desayuno. Carol se arregló y terminó a tiempo justo de sentarse a la mesa.

Comieron aprisa. Ambos se sentían impacientes por llegar nuevamente a la cabaña del lago. Sentíanse sumamente satisfechos; pensaban que sus tribulaciones, en especial las de Carol, estaban a punto de concluir.

Cuando se disponían a salir, sonó el timbre de la puerta.

Paul y Carol se miraron aprensivamente. El joven reflexionó un instante y acabó por agarrar el hacha, que procuró ocultar detrás de su cuerpo.

—Abra y échese enseguida a un lado —aconsejó él en voz baja.

Carol asintió en silencio. Abrió la puerta y se apartó rápidamente.

Un hombre cruzó el umbral. No venía solo.

Era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, de buena estatura y vestido con ropas que debían costar un dineral. Su elegancia era patente hasta en los menores gestos.

Dos sujetos le seguían inmediatamente. Su aspecto era relativamente corriente, y aunque vestían también con elegancia, bastaba verles para comprender inmediatamente la profesión a que se dedicaban.

El primero iba cuidadosamente enguantado, cubierto con un correcto hamburgués, del que se destocó apenas rebasado el umbral de la puerta.

—¿Miss Carol Greish? —preguntó educadamente.

Carol consultó a Paul con la mirada. Éste respondió con un breve parpadeo de asentimiento.

—Yo misma —dijo la muchacha.

Paul estudió al recién llegado. Era hombre acostumbrado a mandar. De su persona se desprendía una sensación de fuerza y poderío, que emanaban como un aura invisible. Ni siquiera Bray Quint podía compararse a él.

—Soy Fred Paxton —se presentó el sujeto.

Paul contuvo el aliento. La boca de Carol formó una O mayúscula, pero muda.

—¿Le extraña, señorita Greish? —sonrió Paxton.

—No... es decir, sí, señor Paxton...

—¿Le importa que pase adentro? —preguntó Paxton con toda corrección—. Por favor, es muy importante.

—Por supuesto —accedió ella.

Paxton dio unos pasos más. Sus gorilas le siguieron. Uno de los dos cerró la puerta y se apoyó en ella con actitud de falsa negligencia.

Sus intenciones eran claras. No saldrían de allí, a menos que Paxton se lo permitiese.

—Señorita Greish... —empezó a decir Paxton—. No me ha presentado usted a su acompañante —se interrumpió de repente.

—El señor Seart, el señor Paxton —dijo la muchacha.

—Mucho gusto —dijo Paul.

—¿Qué tal? —saludó Paxton, sin mirarle—. ¿Tiene alguna relación con usted, señorita Greish?

—Es... un buen amigo mío, de toda confianza.

—Consejero legal —agregó Paul. Y se dijo que no mentía, porque, a fin de cuentas, poseía el título de abogado.

—¿Ah? —dijo Paxton con indiferencia.

—Puede usted hablar delante de él —indicó Carol—. Es más, desearía que el señor Seart estuviese delante.

—No tengo el menor inconveniente —asintió Paxton con toda cortesía—. Conocí a su padre, señorita.

—Sí —dijo ella brevemente.

—Tengo noticias de que su padre le dejó algo para mí..., un objeto determinado, a cambio del cual yo debo pagarle la suma de doscientos cincuenta mil dólares.

—No tengo la menor noticia —mintió Carol con todo descaro. Paxton no se inmutó.

—Es extraño —murmuró—. Su padre me dijo que estaba terminando de... construir ese objeto, digamos, y que si él no podía entregármelo en persona, su hija, es decir, usted, señorita Greish, se encargaría de dármele a cambio de la suma indicada. Su padre, lamentablemente, falleció antes de poder cumplir su palabra.

—Repito que lo siento. No sé nada de ese asunto —insistió Carol.

Paxton no dio muestras de impaciencia.

—Señorita Greish, es posible que tenga usted otros planes, pero lo que no creo en absoluto es que ignore el asunto a que me estoy refiriendo. —Su acento era tranquilo, reposado, inalterable—. Desde luego, ninguna persona en su sano juicio acogería la inesperada oferta de un cuarto de millón, sin expresar sorpresa, aunque tuviese la intención de rechazarla.

—Con lo cual, usted quiere decir que la señorita Greish le está mintiendo.

Paxton miró al investigador, de quien eran las últimas palabras.

—Exactamente —convino con toda urbanidad.

—Señor Paxton —dijo Paul—, hace ya tiempo que estoy encargado de los asuntos legales de la señorita Greish y, créame, ella ignora en absoluto cuanto se refiere al que usted ha mencionado.

Los dos gorilas permanecían silenciosos, mudos e inmóviles como estatuas. Paxton se encogió ligeramente de hombros.

Metió la mano en el bolsillo interior de su americana y extrajo un rectángulo alargado de papel, que mantuvo durante unos momentos entre sus manos.

—Esto que ven aquí es un cheque certificado, por valor de doscientos cincuenta mil dólares, contra ex «First National Bank» de Nueva York —habló calmadamente—. Lleva fecha de tres días, posterior a ésta en que nos hallamos.

Dejó el cheque sobre la mesa.

—Señorita Greish, tiene usted exactamente tres días para entregarme el paquete que le dejó su padre para mí. Volveré en esa fecha. Señor Seart —saludó al investigador.

Segundos después, los dos jóvenes se habían quedado solos.

Incapaz de sostenerse en pie, Carol se derrumbó sobre una silla.

—Ese hombre es mil veces peor que «Atila», Quint y todos los demás juntos —dijo.

Paul estaba examinando el cheque. Era genuino, y la certificación del Banco no hacía sino avalar su legitimidad.

—Tiene usted razón, Carol —murmuró—. Es mucho peor enemigo que todos los demás.

—¿Qué hacemos, Paul? —preguntó ella con voz gemebunda.

—Destruir el dinero falso, naturalmente. Y cuanto antes mejor.

—Pero Paxton...

—Deje ese asunto de mi cuenta —cortó Paul—. Vamos, no podemos perder ya más tiempo.

Agarró el hacha nuevamente y se dirigió hacia la puerta, llevando a la chica a remolque.

Momentos después estaban a bordo del auto, que Paul había sacado previsoriamente del garaje, cuando fue a comprar el hacha. El coche estaba revisado y el tanque de gasolina estaba al completo.

Unos segundos más tarde, otro coche, largo, negro, de potente y silencioso motor, arrancaba desde la esquina en que había estado detenido hasta entonces.

—Síguelos a prudente distancia y no los pierdas de vista —ordenó Paxton—. Pero procura también que no adviertan que vamos detrás de ellos.

—Bien, jefe —contestó estólidamente el gorila que conducía el vehículo.

Paul y Carol viajaron en silencio durante buen trecho del camino. De cuando en cuando, Paul lanzaba una mirada al espejo retrovisor, sin advertir nada sospechoso.

Los minutos fueron pasando. Ambos se sentían nerviosos e inquietos.

Paul presentía que no terminarían el día en paz. Sin embargo, procuró no transmitir sus recelos a la muchacha, e incluso inició una conversación sin trascendencia, a fin de disipar las nubes de su ánimo. Una hora más tarde, enfilaban el camino que conducía a la sierra.

Un poco más adelante, Carol se volvió y divisó a un coche que rodaba detrás de ellos.

—Paul, nos siguen —dijo aprensivamente.

El joven lanzó un vistazo al retrovisor. Apretó el pie sobre el pedal del gas y la velocidad del auto creció rápidamente.

Pasaron unos minutos.

—El coche continúa detrás de nosotros —informó Carol nuevamente.

—Esperemos al cruce —dijo Paul—. Tal vez se trate de una mera coincidencia.

El cruce llegó cuatro kilómetros después. Paul torció hacia la izquierda.

—El auto se va por el otro camino —respiró ella, sumamente aliviada.

Dentro del segundo auto, Paxton sacó un mapa y lo examinó atentamente, tras haber ordenado al conductor que se detuviese a quinientos metros del cruce.

—No hay otro camino que el que ellos han tomado y termina en un lago —dijo—. Esperemos unos minutos a fin de dejarles que se confíen. Luego intervendremos nosotros.

Los pistoleros asintieron. Sonriendo con aire satisfecho, Paxton extrajo un largo cigarro y se lo puso en la boca.

Uno de sus gorilas se lo encendió servilmente. Tras las primeras bocanadas de humo, Paxton dijo:

—Esta vez, muchacho, el dinero nos va a sobrar hasta por las orejas. ¿Qué os parecerían, por ejemplo, cien mil para cada uno de vosotros?

Los pistoleros se miraron y sonrieron.

Paxton sonrió también. Sabía que con aquellas frases, los dos hombres que le acompañaban barrerían a tiros, implacablemente, cualquier obstáculo que les saliese en el camino.

Paul y Carol llegaron a la cabaña media hora más tarde. El joven llevó el auto hasta la parte posterior y luego se apeó, llevando el hacha en las manos.

—Vamos, Carol.

Dieron la vuelta a la cabaña. Paul se detuvo frente a la marquesina.

Estaba sostenida por tres postes, ya que el acceso a la misma se hacía por el lado más cercano a la carretera, mediante una escalera de cuatro peldaños. El joven contempló el porche con aire dubitativo.

—¿Cuál de los tres postes es? —preguntó.

Carol se quedó cortada, sin saber qué contestar.

—¡El tercero...! —murmuró al cabo.

—Sí, pero ¿desde dónde hay que contar?

De pronto, reparó en un detalle que le había pasado desapercibido.

—¡Han desaparecido los cuerpos de Nino y de Jack! —dijo.

Carol paseó la vista en torno suyo.

—¡Falta la barca! Seguramente los echaron al lago.

—Sí, eso tuvo que ser..., pero, por ahora, no nos importa.

Se acercó a uno de los postes y lo tanteó con los nudillos.

—No comprendo cómo pueden estar escondidos aquí uno o millones de billetes falsos —dijo—. Este poste no mide más de quince centímetros de grueso y..., bueno, cuando alguien falsifica billetes, procura que sean de pequeña denominación. Se miran menos que los grandes, Carol.

—Es cierto —contestó ella, mordiéndose los labios—. ¡Oiga, creo que el tercer poste debe contarse a partir del camino! Es lo más lógico, ¿no?

Paul volvió la vista hacia la carretera, que se perdía en el bosque a menos de cincuenta metros.

—Sí, parece lo más sensato —concordó.

Sin soltar el hacha, se trasladó hasta el extremo opuesto de la cabaña. Luego, con los nudillos de la mano derecha, empezó a tantear el poste.

A un metro del suelo de tablas de la veranda, captó, sonido a hueco.

—Aquí está, Carol —dijo.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Por fin vamos a poder deshacernos de esa pesadilla, Paul.

El joven examinó el poste con toda minuciosidad, en el punto donde había sonado a hueco.

—Mira, Carol, aquí se ve esta línea de separación —le indicó con la mano—. Es muy tenue y nadie que no esté en el secreto podría reparar en ella.

La línea medía unos treinta centímetros de longitud y formaba un paralelogramo de la anchura del poste.

—Es imposible que haya aquí un millón de dólares. Ni siquiera

cien mil en billetes de los más grandes —dijo Carol.

—Bien, ahora lo sabremos. Apártese, por favor.

Paul se escupió en las manos y se las frotó, con el mango del hacha apoyado en las piernas. Luego levantó la herramienta y moviéndola en sentido horizontal, asestó un golpe seco en el poste, justo en el centro del rectángulo.

Sonó un estallido. La madera se quebró en aquel lado.

—Veamos —dijo él, soltando el hacha.

Empleó los dedos, pero la madera no cedía. Tuvo que asestar un par de golpes más, antes de que saltaran las astillas en aquel sector.

La marquesina crujió alarmanamente.

—¡Cuidado, Paul! —gritó la muchacha.

Paul se dio cuenta de que sus golpes habían debilitado el poste, el cual se hallaba a punto de quebrarse.

—El hueco practicado es demasiado profundo —dictaminó, mientras apartaba las astillas a un lado.

Un paquete, envuelto en papel encerado, apareció ante sus ojos atónitos. El paquete no medía más allá de veinte centímetros de largo, por diez de ancho y la mitad de grueso.

—Paul —dijo Carol, atónita—, ¿eso es un millón o dos de dólares?

CAPÍTULO XIV

Paul tomó el paquete con ambas manos. La marquesina emitió otro lastimero crujido, pero no hizo caso.

El paquete pesaba enormemente, dada su relativa pequeñez. Paul sonrió, mientras movía la cabeza con gestos apreciativos.

—Estábamos ofuscados por un montón de billetes falsos, Carol —dijo.

—¿Y...?

—Sencillamente, que no hay tales billetes, sino las planchas para imprimirlos.

—¡Cielos!

Carol le miró con ojos abiertos de par en par.

—Claro —añadió—, eso tiene que ser. Abra el paquete, por favor.

Paul sacó un pequeño cortaplumas y cortó las cuerdas que sujetaban el papel. Apartó éste y las dos planchas de metal quedaron a la vista.

—Billetes de cinco y diez dólares —dijo, tras examinar las cifras grabadas—. Se pasan muy fácilmente..., y no hay más que darle al pedal para tener el dinero que se quiera.

—Pero nosotros destruiremos las planchas —exclamó la muchacha.

—Por supuesto. Y ahora mismo, sin perder un segundo.

Miró en torno suyo. A pocos pasos de distancia, descubrió un pedrusco.

—Venga aquí —dijo él, cogiendo el hacha una vez más.

Le entregó una de las planchas y colocó la plancha sobre el pedrusco. Volvió a frotarse las manos.

—Hay que hacer las cosas bien, Carol —sonrió.

Y levantó el hacha sobre su cabeza.

Bastaría un solo golpe para dejar la plancha inservible. Inspiró con fuerza.

En aquel momento, se oyó el rugido de un coche que desembocaba a toda velocidad en la explanada.

Paul y Carol volvieron la vista instintivamente. El auto se detuvo a pocos pasos de distancia, con seco frenazo.

Antes de detenerse, un hombre armado saltó del vehículo.

—Tire el hacha a un lado, figón —ordenó Bray Quint.

Más personas se apearon del vehículo. «Huesos», el «Marciano», «Atila» Bowson, Bug..., y Lola Gómez.

La mujer avanzó unos pasos y se detuvo frente a la pareja, apoyando la mano en una de sus caderas, a la vez que sonreía provocativamente.

—Bueno —dijo— al fin lo hemos encontrado.

—Le dije que tirase el hacha —repitió Quint.

Paul lanzó la herramienta a un lado. Casi maquinalmente, agarró a Carol por el talle.

Quint hizo un gesto significativo con la mano izquierda.

—Vengan las planchas —dijo.

En lugar de obedecer, sin soltar el talle de Carol, retrocedió un par de pasos hacia la esquina.

—Quietos —bramó Quint.

«Atila» corrió hacia la veranda y, ágilmente, saltó la barandilla, situándose entre el segundo y tercer poste.

—Por aquí no pasarán —rió satisfecho.

El «Marciano» se situó a espaldas de la pareja.

—Están cercados —dijo—. No tienen salida.

Paul trataba de ganar tiempo. En aquel mismo lugar, se habían cometido unos crímenes y ellos habían sido testigos presenciales. Temía por sus vidas.

Quint se inclinó y recogió una de las planchas.

—Vamos, no sean tercos —exclamó—. Denme la otra.

Paul dio dos pasos más en sentido lateral. El hacha, apoyada en la esquina del porche, estaba casi al alcance de su mano.

Encima de sus cabezas, «Atila» dijo:

—¿Adónde piensan ir? Ya no pueden seguir más; Charlie Conover les cierra el camino.

Paul miró a Lola.

—Parece que se han aliado, ¿eh?

—Bueno —replicó la mujer con desenvoltura—, más vale un poco de algo, que no un todo de nada. Y esos dos trocitos de metal valen un cuarto de millón.

—Sí, pero no saben quién se lo va a pagar.

Sobrevino un momento de silencio. Bray Quint lanzó una rotunda interjección.

Lola se quedó con la boca abierta. Paul sonrió.

—Bien, ¿es que se han quedado mudos? —dijo irónicamente—. Dales la plancha, Carol. Les va a servir tanto como a mí un par de patines en el desierto del Sahara.

—Vamos a ver —habló Quint, recuperándose—. Se trata de un cuarto de millón. Es una cantidad nada despreciable. ¡Qué diablos! Si nosotros hemos olvidado viejas rencillas, también pueden hacerlo ustedes.

Paul enarcó las cejas.

—¿Significa eso —inquirió— que a cambio de entregarles las planchas, recibiremos una parte de los doscientos cincuenta mil dólares?

—Ni más ni menos —contestó Quint redondamente.

—¡Eh! —protestó «Atila»—. Poco a poco. ¿Por qué darles una parte, si podemos conseguirlo todo?

—Ellos saben quién es el que ha de comprar las planchas —declaró Quint—. Si no nos lo dicen...

—Les obligaremos a que lo suelten —le interrumpió «Atila» ferozmente.

—Usted, cállese —dijo el joven abruptamente. Y, de pronto, sin previo aviso, pegó un golpe al poste, que terminó de quebrarse con tremendo crujido.

La marquesina se derrumbó parcialmente sobre «Atila». El forajido recibió un golpe en la cabeza y quedó inconsciente, con el cuerpo doblado sobre la barandilla.

Lola soltó una ruidosa carcajada. Bug rió también.

—Vamos, vamos —dijo Quint en tono persuasivo—. Seamos prácticos. Esta situación no conduce a nada. Nosotros podemos llevarnos las planchas, es cierto, pero no sabemos quién va a pagar el cuarto de millón por ellas.

—Sin embargo —agregó Lola—, con un poco de esfuerzo, podríamos dedicarnos a hacer la competencia al Tío Sam en materia fiduciaria.

—Eso es más difícil de lo que parece —contestó Paul—. No basta con tener las planchas y una imprenta. Se necesita un papel idéntico al del Gobierno, tintas especiales y uno o dos buenos expertos.

—Acabaríamos por encontrarlos —dijo Quint—. Pero ustedes nos pueden ahorrar mucho trabajo, si nos dicen el nombre del comprador. Hagamos un trato: setenta y cinco mil dólares para los dos. El resto...

—¿Y por qué hemos de repartir con ustedes algo que podemos aprovechar íntegramente para Carol y para mí? ¿Qué van a hacer?

¿Matarnos? Perderían el tiempo...

—«Atila» apuntó una solución hace algunos momentos —habló Lola.

La mano de Paul se movió disimuladamente. Sus dedos tocaron el mango del hacha.

El «Marciano» se le acercó por detrás y apoyó en su espalda el cañón de su pistola.

—Deja ese trasto —ordenó amenazadoramente.

Entonces, Carol se volvió de pronto y le asestó un tremendo golpe debajo de la oreja con el canto de la plancha que aún tenía en la mano.

Conover lanzó un agudo grito de dolor y cayó de rodillas. Paul agarró el hacha con ambas manos, dispuesto a defenderse a cualquier precio.

La decoración varió súbitamente. Un automóvil negro apareció de pronto en la explanada.

Dos hombres saltaron del coche, uno de ellos armado con una pistola ametralladora de pavoroso aspecto.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó Fred Paxton.

—Tiren las armas al suelo —le apoyó el gorila de la metralleta.

Varias pistolas cayeron al suelo. Seguro de sí mismo, Paxton avanzó y, una por una, recogió las dos planchas.

—Señorita Greish —dijo, sonriendo—, usted no me engañó ni por un momento. Pero a mí me gusta ser leal en mis tratos. El cheque es suyo.

Carol apretó los labios en silencio. Paul sonrió, mientras miraba

a Quint burlonamente. El rufián estaba lívido de cólera. En cuanto a Lola, parecía anonadada.

Paxton se descubrió cortésmente ante la muchacha.

—Ha sido un verdadero placer, señorita Greish —se despidió de ella—. Adiós, señor Seart.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el coche en medio de un profundo silencio.

De pronto, Paul percibió un ligero ruidito a sus espaldas. Entonces se acordó de que Charlie Conover seguía tras él.

El «Marciano» conservaba aún su pistola. El enemigo más peligroso, consideró, era el tipo que manejaba la pistola ametralladora.

Apuntó con cuidado y tiró por un costado del joven.

Sonó un agudo grito de dolor. El hombre de la metralleta se estremeció convulsivamente.

Paxton estaba a tres pasos de distancia. Lanzó un agudo chillido de pánico.

—¡No, no!

Su propio esbirro le destrozó el pecho con una larga ráfaga de balas, disparada a bocajarro con una convulsión que no dependía de su voluntad.

Los dos hombres se desplomaron al suelo casi simultáneamente.

El otro pistolero retrocedió, haciendo fuego con su pistola. Paul empujó a la muchacha y la derribó al suelo, para quitarla del camino de las balas.

Bug recibió un proyectil en medio de la cara y se llevó las manos a la herida, chillando horrorosamente. El pistolero superviviente continuaba haciendo fuego.

Conover le alcanzó con un disparo en el hombro derecho, tirándole al suelo. El rufián empezó a gemir.

Quint lanzó un rugido de rabia. Se inclinó y recogió su pistola, disponiéndose a rematar al caído.

En aquel instante, se oyó una voz atronadora, que bramaba a través de un potente megáfono:

—¡Están rodeados por la policía y cubiertos por nuestras armas! ¡Absténganse de utilizar las suyas, si no quieren morir en el acto!

Quint soltó la pistola como si fuese una serpiente venenosa. Los demás levantaron los brazos en el acto.

Varios hombres de paisano surgieron, en el claro, seguidos por algunos agentes uniformados. Éstos apartaron a los pandilleros a un lado, después de registrarles cuidadosamente.

Uno de los paisanos se acercó a la pareja. Echóse el sombrero hacia atrás y contempló a la muchacha.

—Bien, señorita Greish, trabajo nos ha costado, pero al fin hemos dado con esas dos planchas.

—¿Quién es usted? —preguntó Carol, recobrándose poco a poco del susto recibido.

—Emory, de la Tesorería Federal —sonrió el individuo—. Los demás son miembros de la policía de Salton Cross.

Carol extendió las manos.

—Bueno, ya está todo listo. Arrésteme, señor Emory —dijo.

El agente federal se echó a reír.

—¿Quién habla de arrestarla? —dijo—. Todo lo contrario; cualquier día de éstos recibirá usted una carta agradeciéndole su cooperación.

—Pero..., yo no he ayudado en nada... —dijo ella, sumamente confusa.

Uno de los policías trajo las planchas. Emory las tomó, sopesándolas con aire de experto.

—Nos ha conducido hasta estas dos planchas y eso es suficiente —dijo.

—Lo cual significa —intervino Paul—, que hacía tiempo que nos venían siguiendo.

Emory sonrió.

—Admitámoslo —confirmó de buen humor.

—¿Está seguro de que no nos causarán ningún perjuicio? —preguntó Paul—. alguna de nuestras acciones no han sido muy legales que digamos.

—Verá —contestó el federal con acento reflexivo— ¿ha oído hablar de micrófonos disimulados?

Paul respingó.

—No me diga que instalaron uno en mi casa.

—Así es. Y por él sabemos la opinión que tenía la señorita Greish acerca de las planchas..., que ella creía un montón de billetes falsos.

—De modo que usted conocía su existencia.

—Sabíamos que Mutty Greish las había grabado, pero era un hombre muy astuto y logró despistarnos, acerca del lugar donde las escondió. No nos quedó otro remedio que ser pacientes.

Paul suspiró.

—En fin, como dijo no sé quién, bien está lo que bien acaba.

—Justamente —convino el federal—. Por supuesto, tendrán que declarar, pero éste es ya un asunto de mera rutina. No hay ni qué decir que están completamente libres.

Paul miró hacia los forajidos supervivientes, que estaban siendo esposados.

—¿Y éstos? —preguntó.

—Hay algunas muertes de por medio —contestó Emory—. El que sea culpable, lo pagará.

—Un momento, la última pregunta —dijo Paul.

—¿Sí? —murmuró Emory.

—Paxton entregó a la señorita Greish un cheque por valor de doscientos cincuenta mil dólares.

—Lo sabemos —contestó el federal—. Pero yo, en su lugar, no lo cobraría. Me expondría a graves contratiempos, porque ello significaría complicidad con Paxton. —Miró a la chica—. Daré el cheque por roto antes de llegar a la cabaña.

—No pensaba cobrarlo, de todas formas —contestó ella.

—Así es mejor —sonrió Emory. Y se fue.

Lola les miró, sonriendo tranquilamente.

—Bueno, he perdido, ¡qué se le va a hacer!

—Usted no cometió ningún crimen —dijo Paul—. Saldrá pronto de la cárcel.

—Ésa es mi esperanza —contestó la mujer de buen humor—. Tal vez vuelva a mi profesión anterior.

—¿En qué trabajaba? —preguntó Carol curiosamente.

Lola se echó a reír.

—Ese guapo mozo que tiene al lado me hizo interpretar mi numerito a la fuerza —contestó con todo desparpajo. Y se fue, acompañada por un policía de uniforme.

—¡Oh! —exclamó Carol, tremendamente sonrojada.

Los cuerpos muertos fueron transportados más tarde en una ambulancia. Paul y Carol se quedaron solos.

—No sé por qué —dijo ella—, pero se me ha despertado un

apetito tremendo. Voy a preparar algo de comer.

—Siento haberte arruinado la marquesina —dijo él.

—No te preocupes. Haremos que la reparen.

Mientras ella preparaba la comida, Paul procuró que la explanada recobrase su aspecto anterior, echando con una pala tierra sobre las manchas de sangre. Luego entró en la cabaña.

Se lavó las manos. Carol salió de la cocina.

—La comida estará dentro de unos minutos —anunció.

Quedaron frente a frente, silenciosos durante unos momentos, contemplándose mutuamente. De pronto, Carol se arrojó en brazos del joven.

—Oh, querido —murmuró, rompiendo a llorar silenciosamente.

Paul acarició sus cabellos.

—Vamos, vamos —dijo persuasivamente—, cálmate. Ya no hay motivos de congoja.

Todo se ha resuelto satisfactoriamente..., y yo te quiero.

Ella le dirigió una mirada húmeda.

—¿Lo dices en serio, Paul?

—Pues claro que sí. Cualquier rato de estos pienso pedirte que te cases conmigo.

Carol sonrió encantadoramente.

—Te diré que sí en el acto, cariño. Pero...

—¿Qué, nena?

—Soy pequeña, glotona...

—Y yo soy un tío larguirucho, al que la comida le tiene sin cuidado. El único deseo que tendré de ahora en adelante, será que me quieras mucho. Y si no lo haces...

—Si no lo hago, ¿qué?

—¡En ese caso!, impresionaré una película, con rótulos intercalados que influyan en tu subconsciente. Continuamente estarás repitiendo: «Debo querer mucho a mi esposo..., debo querer mucho a mi marido...». Carol rió dichosa.

—Eso no será necesario. El amor nace del corazón, no del subconsciente.

Paul asintió. Luego dijo:

—Voy a besarte, Carol.

—Adelante, querido.

Más tarde, se separaron sus labios. Carol apoyó la cabeza en el

pecho del joven.

De pronto se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó él.

—¿No lo recuerdas? Te anuncié que estarías presente en mi boda.

—Es lógico, puesto que voy a ser el novio... Oye, ¿significa eso que pensabas ya en casarte conmigo?

—¡Justamente! —Carol le miró con expresión enamorada—. Querido, tú me hiciste ver la verdad de las cosas. Eso sólo se puede pagar con amor..., durante toda la vida.

Paul volvió a besarla. De pronto, ella lanzó un agudo grito:

—¡Se me está quemando la comida!

Y corrió hacia la cocina presurosamente.

Paul sonrió satisfecho. Buscó un cigarrillo, lo encendió y aspiró el humo placenteramente.

Se acercó a la ventana y contempló el paisaje del lago. Sí, se dijo, habían ocurrido muchas cosas trágicas en aquel lugar, pero ellos lo transformarían en un lugar maravilloso..., un sitio ideal para una luna de miel.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pfas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

REXUS

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1772*